

lingüística

Jef Verschueren

Cómo entender la Pragmática

(Páginas 27-132)

AGRADECIMIENTOS

El autor y la editorial de este libro quieren agradecer los permisos de reproducción a las siguientes empresas:

Guinness Limited, por los posavasos de la página 273. La palabra GUINNESS es una marca registrada de Arthur Guinness & Son (Dublín).

Les Éditions Albert René por las viñetas de las aventuras de ASTÉRIX en la página 62. © 1998. Les Éditions Albert René/Goscinny - Uderzo.

Los trenes Virgin por el editorial de la página 237 (que consiste en una carta dirigida a los pasajeros de los trenes Virgin firmada por Richard Branson) de la revista *HotLine*, Otoño/Invierno, 1997.

Se han hecho todos los esfuerzos posibles para encontrar a los propietarios de los derechos. Cualquier derecho que no aparezca en estas líneas lo hará en ediciones posteriores si se notifica a la editorial.

PREFACIO

Este libro intenta enfrentarse a un doble desafío. El primero, y no el menos importante, es presentar un marco teórico coherente en el que se pueda reflexionar y seguir explorando sobre la mayor parte de lo que se sabe hoy de la pragmática del lenguaje, es decir, del uso del lenguaje. El segundo desafío es mantener la presentación elemental, para que pueda ser usado como manual, accesible tanto a estudiantes con unos conocimientos lingüísticos elementales como a estudiantes más adentrados en las ciencias del lenguaje, y abierto a investigadores de otros campos que esperan obtener provecho de un análisis más profundo de cómo «funciona» el lenguaje. Las exigencias de innovación e iniciación parecen contradictorias, pero no lo son, si no que convergen claramente en el nivel de la abstracción que motiva mi elección de epígrafes. Las preguntas impertinentes, las que se deben hacer para forzar los límites de la comprensión y el conocimiento, raramente son las más sofisticadas. Suponiendo que el uso del lenguaje es una forma de comportamiento anclada cognitiva, social y culturalmente, la pregunta que va a guiar nuestra búsqueda de coherencia teórica en el campo de la pragmática lingüística es simplemente ésta: «¿Qué hace la gente cuando usa el lenguaje?». De igual modo, las respuestas satisfactorias implican normalmente algún grado de desmistificación. La pregunta general, por tanto, será reducida a preguntas subsidiarias que se prestan ellas mismas a respuestas basadas en la

observación empírica. Se evitará cuidadosamente recurrir a una «caja negra» o a un *deus ex machina*.

Hoy en día no hay escasez de manuales de pragmática. En orden cronológico encontramos, y me limito a los que están disponibles en inglés y que tienen «pragmática» en el título o en el subtítulo: Leech (1983), Levinson (1983), Green (1989), Blakemore (1992), Mey (1993), Grundy (1995), Thomas (1995) y Yule (1996). Se debería añadir docenas más si incluyéramos los que están escritos en otras lenguas, los que evitan la denominación de «pragmática», aunque traten de la misma gama de fenómenos de uso, y los volúmenes colectivos. Sin embargo, todos ellos limitan su alcance teórico o empírico, o ambos. Tienden a centrarse en un conjunto de fenómenos elegidos algo al azar: la deixis, la implicatura, la presuposición, los actos de habla, la conversación y semejantes. La cognición se incluye también normalmente, pero sólo con propósitos específicos a la teoría. Los factores sociales y culturales, sistemáticamente, no se tienen en cuenta; se puede añadir un capítulo sobre «pragmática de la sociedad» pero como si fuera una idea de último momento. Por eso, al intentar juntar orientaciones y temas diferentes, siguiendo unos principios, este libro no tiene precursores inmediatos.

Un proyecto como éste no se concibe y se completa en un suspiro. Excepto un intento anterior de formación de una teoría pragmática (Verschueren 1978a) así como intentos anteriores de «organizar» el campo por medio de un esfuerzo bibliográfico (Verschueren 1978b, con cinco suplementos anuales 1978-1982 en el *Journal of Pragmatics*), la participación en la organización de una conferencia sobre *Possibilities and limitations of pragmatics* (en Urbino entre el 8 y el 14 de julio de 1979) y la preparación de la colección *Pragmatics & Beyond* (John Benjamins, desde 1979), la empresa actual tiene al menos catorce años de historia. Un primer bosquejo de las ideas que subyacen a este libro se presentó en el grupo de trabajo *Between semantics and pragmatics* que tuvo lugar en el Centro Interuniversitario de Estudios Postgraduados en Dubrovnik entre el 7 y el 18 de mayo de 1984. Su principio básico, la búsqueda de coherencia en el campo

de la pragmática, condujo subsecuentemente a la organización de la *International Pragmatics Conference* en Viareggio entre el 1 y el 7 de septiembre de 1985 (la primera de una serie que continúa), al establecimiento de una *International Pragmatics Association (IprA)* en 1986, a la producción de una bibliografía de pragmática más completa (Nuyts y Verschueren, 1987), a la oferta de cursos sobre formación de teoría en pragmática (Universidad de Amberes), a la publicación de un documento de trabajo que esboza la estructura básica de una teoría general de la pragmática (Verschueren, 1987), de una variedad de artículos sobre aspectos de lo mismo (Verschueren, 1994, 1995), y del *Handbook of Pragmatics* (Verschueren *et al.*, eds., 1995).

Todas estas empresas implican una gran deuda con numerosos colegas. En particular quiero agradecer a Jacob Mey, por animarme a preparar mi primera contribución a la teoría pragmática para el *Journal of Pragmatics* (y por aceptarme posteriormente como editor de reseñas, cargo en el que he aprendido ciertos trucos del oficio en conversaciones con Hartmut Haberland y Ferenc Kiefer); a Herman Parret, por invitarme a aunar fuerzas en la organización de la conferencia de Urbino (con Marina Sbisà) y a empezar la serie *Pragmatics & Beyond*; a Svenca Savić y Johan van der Auwera, por darme la oportunidad de presentar algunas ideas embrionarias en las conferencias de Dubrovnik; a Marcella Bertuccelli Papi, Jan Blommaert, Jan Nuyts y Jan-Ola Östman por tomar lo suficientemente en serio esas ideas para que yo las siguiera explorando (Marcella más tarde coorganizó la conferencia de Viareggio, Jan N. coprodujo la bibliografía y cofundó IprA, juntos Jan N. y Jan-Ola fueron coprocesores en el curso de «formación de teoría» en la Universidad de Amberes, y ambos son —junto a Chris Bulcaen— todavía los coeditores del proyecto en curso *Handbook*; a Ann Verhaert, sin cuyo constante apoyo y trabajo (gratis al principio y mal pagado después) no hubiera sido posible el trabajo de organización; a Jan Blommaert, Frank Brisard, Chris Bulcaen, Helge Daniëls, Sigurd D'hondt, Gino Eelen, Jürgen Jaspers, Luisa Martín Rojo y Michael Meeuwis, por su atención crítica durante extensos períodos de colaboración en el Centro de Investigación

de la IprA y por comentarios sobre versiones anteriores de este libro. Aunque es imposible medir las contribuciones individuales, es justo llamar la atención hacia las despiadadas e implacables puñaladas de Michael Meeuwis a mi pobre terminología, que, creo yo, han influido en gran manera en la claridad conceptual de lo que estoy intentando presentar, y al talento especial de Gino Eelen para señalar, con embarazosa exactitud, dónde estaba cometiendo los mismos errores que quería evitar, problema que todavía puede persistir aquí y allá. Muchos otros han contribuido en distintos grados con comentarios sobre un primer borrador: Jannis Androutsopoulos, Bert Bultinck, Pol Covelier, Thorstein Fretheim, John Gumperz, Annick De Houwer, Cornelia Ilie, Geert Jacobs, Alexandra Jaffe, István Kecskés, Manfred Kienpointner, Li Wei, Tom Naegels, François Némo, Srikant Sarangi, Rachida Senoussi, Tom De Smet, Ludwina Van Son, Khalid Touzani, Rod Watson, Zhang Shaojie. También, éste puede ser el lugar adecuado para agradecer, de una vez por todas, mi deuda intelectual con Louis Goosens, quien me introdujo en la perspectiva funcional del lenguaje, y a Charles Fillmore, John Gumperz, George Lakoff y John Searle, quienes me ayudaron a refinarla durante siete años de conversaciones en la Universidad de Berkeley, California.

El trabajo que ha dado por resultado este libro recibió ayuda económica de la Fundación Nacional Belga para la Investigación Científica (NFWO/FKFO), una beca del gobierno belga (Federale Diensten voor Wetenschappelijke, Technische en Culturele Aangelegenheden, IUAP-II, número de contrato 27) y de la Universidad de Amberes. La redacción se empezó durante una estancia inolvidable en el Centro de Conferencias y Estudio de Bellagio (del 8 de febrero al 8 de marzo de 1997), subvencionada por la Fundación Rockefeller y —con mérito equivalente— por Ann, ya que mientras tanto se ocupó de todos los asuntos y tareas familiares. Mis compañeros de residencia en el Centro de Bellagio ofrecieron ejemplos muy útiles (muchas veces sin ser conscientes de ello), inspiración y discusión.

También se deben agradecimientos a Bernard Comrie y Greville Corbett por invitarme a escribir este libro y por su constante atención

editorial desde entonces. Finalmente, quiero agradecer a Mouton-de Gruyter, la *American Anthropological Association* y a John Benjamins por permitirme reproducir algunos ejemplos y análisis de Verschueren (1989a, 1995b y 1995d/1995e, respectivamente).

Dado el reducido volumen de este libro, se han evitado los extensos comentarios sobre la literatura así como las largas listas de referencias. Por lo tanto, se aconseja a los lectores más avanzados que lo usen conjuntamente con *A comprehensive bibliography of pragmatics* (que cubre la mayor parte de la literatura, pero sólo hasta 1985) y especialmente con el *Handbook of Pragmatics* (que ofrece descripciones sucintas, pero detalladas, de tradiciones, métodos y temas, y contiene además listas de referencia adicionales).

JEF VERSCHUEREN
31 de marzo de 1998

INTRODUCCIÓN

Se puede definir la **pragmática**, a un nivel muy elemental, como el estudio del uso del lenguaje o, dicho de manera algo más complicada, el estudio de los fenómenos lingüísticos desde el punto de vista de las propiedades y procesos de su uso. Esta definición de nivel básico no presenta una frontera estricta entre la pragmática y otras áreas en el campo de la lingüística, como el análisis del discurso, la sociolingüística o el análisis de la conversación. Aun así, es raramente discutida y cuando se piensa en sus consecuencias lógicas tiene interesantes implicaciones para el modo en que la pragmática se sitúa en la ciencia del lenguaje en general. Las siguientes secciones son un intento de llevar a cabo esta tarea.

0.1 LINGÜÍSTICA DE LOS RECURSOS DEL LENGUAJE: LOS COMPONENTES DE UNA TEORÍA LINGÜÍSTICA

Tradicionalmente se divide la lingüística en *disciplinas componentes* como la fonética, la fonología, la morfología, la sintaxis y la semántica. Cada una de ellas se relaciona con una *unidad de análisis* específica. La fonética y la fonología se encargan de los sonidos del habla. La **fonética** hace esto identificando las partes constituyentes de una corriente continua de sonido como elementos de un repertorio

universal, del cual todos los lenguajes usan un subconjunto seleccionado y fuera del cual hay sólo sonidos no-lingüísticos (p.ej. hostezos o ronquidos audibles); se concentra en las propiedades de los sonidos (fonética acústica), en el modo de producción en la región vocal (fonética articuladora) o en su recepción (fonética auditiva). La **fonología** estudia el modo en que los sonidos del habla forman sistemas que capacitan a los hablantes de una lengua para ponerse de acuerdo sobre cuándo dos cadenas de sonidos (cuya producción puede ser infinitamente variada) son básicamente el «mismo sonido». Cuando los observamos de este modo, meros sonidos se convierten en «fonemas», los pilares de construcción básicos para unidades del lenguaje significativas como los morfemas y las palabras. La **morfología**, a su vez, investiga «morfemas» (como *des-*, *en-*, *cant-*, *-o*; *vecind-*, *-ario*), los signos lingüísticos mínimos en el sentido en que son las unidades mínimas cargadas de significado convencional, o que contribuyen convencionalmente al significado de unidades mayores, así como la manera en la que se combinan para formar palabras (como *desencanto* o *vecindario*); así, hay una distinción básica entre morfemas que pueden aparecer como palabras independientes, es decir, los morfemas libres (como *canto* o *vecino*), y aquellos que deben combinarse con otros para formar palabras, los morfemas ligados (como *des-*, *en-* y *-ario*). Palabras o «ítemes léxicos» son aquellas unidades de análisis que, teniendo significado convencional, ya sea como morfemas libres o como combinación de morfemas, pueden combinarse con otras en una dimensión sintagmática, colocadas en un orden lineal de acuerdo con las reglas específicas de la lengua para formar oraciones. La **sintaxis** estudia tales procesos de formación de oraciones. Finalmente, la **semántica** explora el significado de unidades lingüísticas, típicamente a nivel de palabras (semántica léxica) o a nivel de oraciones, ya correspondan a proposiciones simples (como *El pájaro se comió el gusano*) o a estructuras más complejas (como *Juan vio al pájaro que se comió al gusano* o *Juan dice que cree que el pájaro se comió al gusano*).

Todas estas disciplinas comparten un enfoque en los *recursos de la lengua*, es decir, los ingredientes que hacen de una lengua un instrumento que usa la gente con objetivos expresivos y comunicativos. Como la lengua es altamente estructurada, formalmente y en términos de relaciones forma-significado, se pueden identificar unidades de análisis, lo que conduce a la manejable división de trabajo resumida anteriormente. Pero, ¿dónde entra la pragmática? ¿Se puede encontrar una tarea comparable que sitúe a la pragmática en el mismo conjunto contrastivo?

0.2 LA LINGÜÍSTICA DEL USO DEL LENGUAJE: LA PERSPECTIVA PRAGMÁTICA

Tal como está implícito en la definición básica con la que empezamos esta Introducción, posiblemente la pragmática no se pueda identificar con una unidad de análisis específica y por eso no puede formar parte de la división de trabajo asociada con los componentes tradicionales de una teoría lingüística. Los fenómenos lingüísticos estudiados desde el punto de vista de su uso se pueden situar a cualquier nivel de la estructura o pueden pertenecer a cualquier tipo de relación forma-significado. La pregunta es: ¿Cómo se usan los recursos del lenguaje? Por consiguiente, la pragmática no constituye un componente adicional de una teoría del lenguaje sino que ofrece una *perspectiva* diferente. Este libro tendrá que explicar precisamente lo que esta perspectiva supone.

Sin duda hay unidades de la estructura lingüística que se prestan más fácilmente a una investigación pragmática que a exploraciones orientadas a los recursos. Este es el caso de la mayoría de unidades supraoracionales como textos, conversaciones o el discurso en general. La razón es que éstos son típicos *productos* de la *puesta en funcionamiento de los recursos*. Por un lado, implican una expansión de la misma gama de recursos. Por ejemplo, más allá de los sonidos, pa-

labras y oraciones, hay modelos de argumentación, estilos, géneros, etc. Por otro lado, estos últimos ni siquiera pueden ser definidos fuera del contexto de uso. Sin embargo no hay ningún fenómeno lingüístico, a ningún nivel estructural, que la perspectiva pragmática pueda permitirse ignorar. Ilustremos esto brevemente.

Tomemos el nivel de los sonidos del habla. Cuando un antropólogo especializado en lingüística descubre que los miembros de una comunidad adaptan el sistema fonológico de su lenguaje según se comuniquen o no con otros miembros del mismo grupo, esta observación tiene que ver con un fenómeno del uso y es, por tanto, fundamentalmente pragmática, aunque situada a un nivel estructural que es, inequívocamente, la provincia de la fonología (véase la sección 4.2.1). Ni siquiera es necesario recurrir a datos exóticos para llegar a conclusiones similares. La mayoría de los hablantes de lenguas con un grado significativo de variación dialectal que han crecido con un dialecto local, pero que fueron socializados en el uso de la variedad estándar a través de la educación formal, se darán cuenta de que el lenguaje que ellos usan suena bastante diferente según se encuentren en su contexto profesional o hablando con sus padres o parientes. Este tipo de variación en el uso no se limita al nivel de los sonidos: puede incluir también elecciones morfológicas, léxicas e incluso sintácticas.

Con respecto al nivel de los morfemas y las palabras, hay restricciones pragmáticas e implicaciones de aspectos de morfología derivacional (el modo en que los morfemas libres, como *decir*, y morfemas ligados, como el prefijo *in-* y el sufijo *-ible*, pueden combinarse para formar la palabra *indecible*), o compuestos (el proceso de formación de palabras que amplía el vocabulario creando nuevas palabras como, *cochecama*, de las que existen por separado *coche* y *cama*), e incluso de morfología inflexional (el modo en que la forma de las palabras cambia de acuerdo con variables gramaticales como tiempo, número, género, caso, etc.).

Consideremos la relación derivacional entre *agradecido* y *desagradecido*, *cortés* y *descortés*, *legal* e *ilegal*. La razón por la que esta relación no es a la inversa, con un lexema básico que signifique «des-

agradecido» del cual se derivaría una palabra que significa «agradecido» por medio del prefijo negativo *des-*, tiene mucho que ver con un sistema de normas sociales que enfatiza la necesidad de agradecimiento, cortesía, legalidad y similares. Las normas y estándares también pueden tener una naturaleza más conceptual: en inglés, «familiarity» [*familiaridad*] es un estándar conceptual que determina la presencia de un par como *familiar* y *unfamiliar*, dejando una posibilidad para un equivalente monomorfémico para el polo negativo del conjunto contrastivo, como *strange*, pero evitando la creación de un par como *strange* (con el sentido de «raro») versus *unstrange* (con el sentido de «familiar») —excepto como acto voluntario individual con objetivos retóricos específicos. La normativa puede ser tal que la lógica se deje completamente de lado: es necesario que los objetos que pueden ser «abrochados» [*fastened*] se vean «normalmente» «abrochados» [*fastened*]; de otro modo es difícil explicar por qué *unloosen* [desabrochados, sueltos], que ha debido entrar en la lengua inglesa inadvertidamente, no tiene el significado de «fasten» sino que es de hecho sinónimo de *unfasten*. Otro proceso derivacional que normalmente requiere una explicación pragmática es la formación de diminutivos (véase Dressler y Barbaresi, 1994).

La formación de palabras compuestas es un proceso guiado por principios pragmáticos y restricciones relacionadas con la interpretabilidad y la disponibilidad de un contexto. Un compuesto como *house tree* [literalmente, *árbol de casa*] por ejemplo, ocurriría con menos frecuencia como descripción de «un árbol entre dos casas» que con el sentido de «un árbol cerca o dentro de una casa». La razón es que la primera requeriría una cantidad mayor de información contextual específica para asegurar una interpretación exitosa. De manera similar, un compuesto creativo como *the apple-juice seat* [el asiento del zumo de manzana] requiere un contexto compartido muy específico (con, por ejemplo, un asiento delante del cual se ha puesto un vaso de zumo de manzana) para ser producido (véase Downing, 1977). Además, la forma misma de ciertas palabras compuestas más convencionales es a menudo el producto de procesos fundamentalmente pragmáticos.

Cuando dos aviones casi chocan en el aire, el término, en inglés, *near miss*¹ [casi fallo en chocar] (en el que los dos elementos separadamente refuerzan el hecho de que los aviones no chocaron) se prefiere mayoritariamente sobre *near hit* [casi acierto en chocar] (que enfatizaría las consecuencias nefastas de lo que casi ocurrió).

Las elecciones gramaticales de morfemas están también sujetas a restricciones pragmáticas. Consideremos los cambios recientes en la conciencia sociopolítica que han hecho más difícil de interpretar el uso genérico del pronombre personal *él* (refiriéndose a cualquier ser humano, hombre o mujer) de una manera neutral respecto a género.

Volviendo hacia la sintaxis, debe resultar claro que un mismo estado de cosas puede ser descrito con estructuras sintácticas muy diferentes: *John rompió la estatuilla*, *La estatuilla fue rota por John*, *La estatuilla fue rota*, *La estatuilla se rompió*. Aunque puedan parecer equivalentes a primera vista, estas formas de expresión tienen condiciones de uso muy diferentes. Para señalar sólo un aspecto a modo de ilustración, observemos la reducción progresiva del énfasis en la persona responsable de la rotura de la estatuilla, que empieza con la entera construcción pasiva que todavía incluye la mención del agente, John, y que termina con una fórmula que puede sugerir hasta la completa ausencia de (o ignorancia acerca de) cualquier responsabilidad. Otro aspecto del uso es la evaluación del hablante de si es más relevante para el oyente que se le diga algo sobre John (en cuyo caso es más probable que la oración empiece con *John*) o sobre la estatuilla (en cuyo caso la posibilidad de que se elija *La figurita* como sujeto es mayor).

A nivel de significado de palabras, el campo de la semántica léxica, en cuanto una palabra se usa, hay que tener en cuenta más de lo que normalmente sería considerado como su «significado de diccionario». En una oración simple como *La puerta se abrió*, el verbo *abrir* puede tener diferentes significados, dependiendo de las propie-

¹ *Near miss* y *near hit* son expresiones nominales derivadas de los verbos *to miss* («no acertar, fallar, errar») y *to hit* («golpear, acertar»). [Nota de las tt.]

dades físicas del contexto. Sin más información, sabemos que para que *La puerta se abrió* sea una descripción adecuada de un hecho, la puerta se debe haber abierto automáticamente o por alguien que esté fuera de la visión del hablante. Esto significa que, si ha habido un agente humano, éste no puede haber estado en el mismo lado de la puerta que el hablante. Más aún, esta posibilidad es excluida completamente si la puerta es transparente. Muchas palabras no pueden ni siquiera ser entendidas a menos que se recurra a aspectos de conocimiento del mundo (llamado a veces «conocimiento enciclopédico»), un proceso que gradúa la accesibilidad del significado: se puede suponer que la mayoría de la gente hoy en día interpreta el término *zona de no fumadores* sin dificultad; tampoco una *zona de topless* es difícil de interpretar, aunque requiere conocimiento de áreas de la ciudad con una alta concentración de establecimientos de entretenimiento (predominantemente masculino) cuya principal atracción son anfitrionas o artistas vestidas ligeramente; sin embargo, un artículo de periódico con *comadronas mentales* [*mental midwives*, en inglés] en su título, no puede ser entendido completamente hasta que se lee el artículo, que describe pacientes en un hospital psiquiátrico [*mental hospital*, en inglés] (otro término que requiere conocimiento institucional) ayudando a otras pacientes cuando dan a luz.

Algunos aspectos del significado proposicional u oracional relacionados con el uso, que requieren también conocimiento del mundo e información contextual, producen muchas interpretaciones diferentes de la misma estructura de predicación de referencia simple, como *X está en Y*, p. ej. *El gato está en el felpudo* (que típicamente sugiere una posición horizontal, el gato se sostiene por la gravedad), *El cuadro está en la pared* (una posición vertical, el cuadro se sostiene por algún tipo de fijación artificial como remedio a la gravedad), *La mosca está en el techo* (también horizontal, pero *en* adquiere un significado que debería ser clasificado como *debajo* si no interviniera la perspectiva del hablante, y con las almohadillas de succión sujetando a la mosca) y *La pintura está en el techo* (donde *en* ya no sugiere una distancia existencial entre X e Y, la pintura se ha aplicado directa-

mente al techo y, por eso, se ha hecho irrelevante la cuestión de cómo se sujeta). El nivel de la oración nos conduce de nuevo al área de las estructuras sintácticas, en la cual ya se mostró la relevancia de una perspectiva pragmática. En el momento en que prestamos atención a modelos de entonación y prosodia vuelve a presentarse el nivel de los sonidos del habla. Variando la entonación de *Aquí hace frío* puede cambiarse el significado esperado de la afirmación y convertirse en una pregunta (posiblemente no a interpretar como una pregunta real sino como una expresión de desacuerdo con el contenido de la proposición), una queja y (quizás más indirectamente) una solicitud de encender la calefacción.

¿Por qué describimos todos estos fenómenos (y muchos más que se presentan más adelante) como «pragmáticos»? Ésta es la consecuencia directa de aceptar sin concesiones la definición de pragmática como estudio del uso del lenguaje. Tal vez esto puede ser aclarado reconociendo el regreso radical a la amplia definición originalmente propuesta por el padre fundador de la pragmática, Charles Morris (1938). Morris distingue entre sintaxis, semántica y pragmática en términos de tres correlatos: signos, los objetos a los que son aplicables los signos y los usuarios e intérpretes de los mismos. La sintaxis estudia la relación de los signos con otros signos; la semántica trata las relaciones de los signos con los objetos a los que los signos son aplicables y la pragmática estudia cualquier relación que exista entre los signos y los usuarios o intérpretes (véase también la sección 9.1). Sin identificarlo del modo en que lo hemos hecho hasta ahora, distinguiendo entre la lingüística de los recursos del lenguaje y la lingüística del uso del lenguaje, el enfoque de Morris implica ya el reconocimiento de una dimensión enteramente diferente sugerida por la pragmática. Obsérvese lo siguiente:

Las reglas sintácticas determinan las relaciones del signo entre los signos vehículos; las reglas semánticas correlacionan los signos vehículos con otros objetos; las reglas pragmáticas establecen las condiciones de los intérpretes bajo las cuales el signo vehículo es un signo. *Cualquier regla puesta en uso real opera como un tipo de*

comportamiento, y, en este sentido, hay un componente pragmático en todas las reglas (1938, 35; cursivas mías).

Más de medio siglo después, no podríamos haber expresado mejor esta idea.

0.3 LA PRAGMÁTICA Y LA INTERDISCIPLINARIEDAD

Una perspectiva pragmática, como queda descrito e ilustrado de manera tentativa anteriormente, es por definición interdisciplinaria; o, para citar a Morris de nuevo:

Con «pragmática» se designa a la ciencia de la relación de los signos con sus intérpretes [...] Como la mayoría de signos, si no todos, tienen organismos vivos como intérpretes, es una caracterización suficientemente exacta de la pragmática decir que trata de los aspectos bióticos de la semiosis, esto es, de todos los fenómenos psicológicos, biológicos y sociológicos que ocurren en el funcionamiento de los signos (1938, 30).

La pragmática lingüística estudia *el uso del lenguaje* por las personas (el uso que las personas hacen del lenguaje), una forma de *comportamiento* o *acción social*. La dimensión que la perspectiva pragmática pretende iluminar es *el enlace entre el lenguaje y la vida humana en general*. Por lo tanto, la pragmática es también *el enlace* entre la lingüística y el resto de las humanidades y las ciencias sociales.

Dicho esto, debemos observar también que la pragmática no se sitúa solamente fuera del conjunto contrastivo al cual pertenecen la fonética, la fonología, la morfología, la sintaxis y la semántica. Tampoco cabe en el conjunto de campos interdisciplinarios como la neurolingüística, la psicolingüística, la sociolingüística y la antropología lingüística. Cada uno de estos campos tiene su propio objeto *correla-*

cional en relación al cual se sitúa el lenguaje: simplificando un poco, la **neurolingüística** intenta revelar las bases y los procesos neurofisiológicos del hablar y el escuchar (y cualquier cosa que pueda ir mal en este ámbito); la **psicolingüística** estudia las relaciones entre el lenguaje y la mente en general (una tarea a la que se dedican también ciertas ramas de la **lingüística cognitiva**); la **sociolingüística** se preocupa del modo en que las relaciones sociales, el estatus, los modelos y redes interactúan con la estructura y el uso del lenguaje, y la **antropología lingüística** estudia la relación entre lenguaje(s) y cultura(s). Del mismo modo que fue imposible asignar una unidad básica de análisis a la pragmática, también es imposible asignarle un objeto correlacional específico. La pragmática se ocupa de toda la complejidad del comportamiento lingüístico. Desde esta perspectiva, no hay forma de abordar, por ejemplo, temas de cognición sin considerar la sociedad y la cultura, ni existe un modo de tratar temas culturales al margen de sus bases e implicaciones cognitivas. Cuando se observa el trabajo realizado bajo las etiquetas interdisciplinarias, la práctica de investigación actual muestra sin duda un importante grado de superposición tanto temática como metodológica. Del mismo modo, muchos de los aspectos que vamos a presentar en este libro como pragmática, cabrían fácilmente bajo una o más de las etiquetas interdisciplinarias. No hay ninguna razón para ver esto como un problema. Muchas formas de investigación requieren claras restricciones autoimpuestas para forzar los límites de nuestro entendimiento. La principal función de la pragmática lingüística en el paisaje académico de las ciencias relacionadas con el lenguaje podría ser, entonces, asegurarse de que hay un punto de convergencia para las diversas tareas interdisciplinarias, una imagen global contra la cual se puede medir la relevancia total de esfuerzos más específicos y desde la cual surgirá la necesidad de líneas específicas de investigación. Al mismo tiempo, la pragmática puede funcionar de una manera bastante efectiva como la bisagra que conecta lo que hemos llamado la lingüística de los recursos con los campos interdisciplinarios mencionados aquí.

Recapitulando, ahora podemos ser más específicos y presentar la **pragmática** como *una perspectiva general cognitiva, social y cultural de los fenómenos lingüísticos en relación con su uso en formas de comportamiento* (donde la serie «cognitivo, social y cultural» no sugiere la separabilidad de los referentes de los términos). Así, la pregunta sobre cómo se usan los recursos del lenguaje se replantea a sí misma en: ¿Cómo funciona el lenguaje en la vida de los seres humanos?

0.4 FUNCIONAMIENTO SIGNIFICATIVO DEL LENGUAJE

Independientemente de lo que se pueda decir sobre el funcionamiento del lenguaje, no hay duda de que es fundamentalmente «significativo». El lenguaje es el instrumento más importante en los intentos de construir significado en un mundo que no tiene significado en sí mismo. Esta elevada afirmación no sólo se refiere al nivel de una búsqueda filosófica de sentido en la vida. Muchos ejemplos de este libro mostrarán que la generación de significado es un hecho cotidiano de bajo nivel que se encuentra en cualquier lugar donde se use el lenguaje. Por esta razón la elección (individual) entre *John rompió la estatuilla* y *La estatuilla se rompió* no está libre de consecuencias, ni lo es la elección (convencionalizada) entre *near miss* y *near hit* en inglés.

Antes de continuar, se necesita una nota sobre la terminología. En lugar del término más comúnmente usado «construcción de significado» (o su equivalente verbal «construir significado»), este libro se va a referir al funcionamiento significativo del lenguaje en general como **generación de significado**. En contraste con «construcción» y «constructo», el término «generación» y el verbo «generar» no se concentran necesariamente en la participación activa (y por extensión predominantemente consciente) del productor del lenguaje. Por el potencial de ser usado de manera intransitiva (como en *Bajo las cir-*

cunstances correctas la electricidad se genera espontáneamente), «generar» (y por consiguiente la nominalización «generación») tiene en cuenta la contribución activa de los usuarios del lenguaje a los procesos en discusión y una activación más espontánea más allá del control directo de la intencionalidad de un usuario del lenguaje. Dado que esto es un matiz importante será discutido más adelante (especialmente en la sección 1.3 y el Capítulo 6). Cuando sea necesario un enfoque selectivo distinguiremos entre **construcción de significado** (o «construir significado», enfatizando agentividad) y **emergencia de significado** (o «significado emergente», enfatizando procesos que implican un menor grado o un tipo menos saliente de agentividad o conciencia), como diferentes aspectos de **generación de significado** (o «generar significado»).

En la sección 0.2, anteriormente en este capítulo, nos hemos referido repetidamente al significado en relación con el contexto. Una de las más tradicionales delimitaciones de la pragmática, quizás la más ampliamente aceptada, consiste en contrastarla directamente con la semántica diciendo que ésta última se ocupa del significado independientemente del contexto, mientras la primera investiga el significado en contexto. El «funcionamiento significativo» del lenguaje concebido por nuestro enfoque de la pragmática, sin embargo, no está restringido al «significado en contexto» que puede simplemente ser añadido a otro nivel de significado estudiado por la semántica. Imaginemos tener que separar el significado no contextual del significado contextual de *Estoy cansado*. En primer lugar, esto es virtualmente imposible. Más aún, incluso intentarlo violaría el punto de vista de la pragmática como perspectiva y la volvería a introducir en el conjunto contrastivo de los componentes tradicionales de una teoría lingüística. Sin embargo, lo más importante es que tal postura ignoraría el hecho de que la pragmática se ocupa de *un tipo de «significado» diferente*, el cual, como se ilustró, nos permite por ejemplo incluso hablar de la «significación» de las elecciones entre sistemas fonológicos. El *significado en contexto*, sin duda, pertenece a ese tipo de significado, pero no lo agota. Tampoco necesariamente convierte al «significado» en la no-

ción dinámica que debe ser para ayudarnos a comprender lo que pasa en el uso del lenguaje. Con frecuencia, tratamientos de la pragmática como el estudio del significado en contexto, aunque tienen en cuenta la variabilidad de los significados de las formas lingüísticas, simplemente añaden el contexto como otro parámetro de estabilidad a diferente nivel.

Habiendo introducido la noción de «funcionamiento», se necesitan unas palabras sobre el tipo de *funcionalismo* implicado. Lo que no se quiere decir es el *funcionalismo del sistema* que ya se puede encontrar en el estructuralismo lingüístico tradicional y que es a veces bastante mecánico. Las premisas del estructuralismo incluyen la visión del lenguaje como un sistema autónomo en el cual todos los elementos están relacionados funcionalmente el uno con el otro y derivan su significación enteramente de las relaciones funcionales con otros elementos. Así los fonemas /f/ y /v/ forman un contraste funcional en inglés, distinguiendo palabras tales como *few* y *view*. Y mientras /p/, /b/ y /f/ son todos funcionales en inglés (como en *pin*, *bin* y *fin*), algunas lenguas pueden permitir variación libre entre /p/ y /b/ o entre /b/ y /f/, mientras otras lenguas como el quechua multiplican el número de contrastes funcionales distinguiendo entre /p/, /p^b/ y /p^f/. Este tipo de funcionalismo se caracteriza por una contradicción interna: el principio elemental que parece operar dentro del sistema de la lengua no se aplica al lenguaje como fenómeno entre otros fenómenos, ya que se ve como autónomo. La pragmática, por otro lado, enfatiza la relación funcional del lenguaje con otras facetas de la vida humana. Sin reconocer el significado completo de esto, el funcionalismo estructuralista permanece frecuentemente mecánico y tiene en cuenta (restringidos aspectos del) significado sólo lateralmente, mientras que la pragmática le da un papel central —aunque deberíamos ser cuidadosos y no atribuir una actitud idéntica a todos los estructuralistas.

Este libro va a evitar también un funcionalismo orientado a identificar las *funciones* del lenguaje vistas como enlaces entre sistemas formales y su uso. Sin ignorar la necesidad de explicaciones generali-

zables (como se ilustra, por ejemplo, en 7.1) la pragmática se debe centrar directamente en el **funcionamiento** del lenguaje en contextos de uso reales.

0.5 ¿UNA TAREA INFINITA?

Las tareas de la pragmática, que surgen de la orientación y la delimitación resumidas hasta ahora, abarcan, sin duda, un amplio espectro. Los miedos a la expansión incontrolada más allá de los límites de lo que podríamos llamar «lingüística» no están por tanto enteramente injustificados. Sin embargo, como será ilustrado a lo largo de las exploraciones siguientes, generalmente no es demasiado difícil encontrar un punto de límite. Por ejemplo, es perfectamente legítimo para un análisis pragmático relacionar mi enunciado *John tiene pelo rojo* con su asociación típicamente esperada con mi creencia de que John tiene pelo rojo (a menos que esta interpretación sea impedida por conocidas condiciones específicas del enunciado). No obstante, no correspondería a los pragmatistas probar mis razones para creer que John tiene pelo rojo, a menos que fuera necesario para un entendimiento de otros aspectos del discurso en el que está mi enunciado.

Además, la sugerencia de que la pragmática es una *perspectiva*, «la lingüística del uso del lenguaje» en su sentido más general, debe ser tomada literalmente. Como perspectiva es completamente efectiva y, tal como este libro va a tratar de demostrar, es factible su descripción. Para la práctica de «hacer pragmática», sin embargo, es bastante aceptable y a menudo necesario seleccionar focos de investigación que justifiquen sus propias fronteras temáticas y metodológicas —sin perder de vista, claro, el marco de referencia más amplio—.

0.6 RESUMEN Y LECTURAS RECOMENDADAS

Hemos distinguido entre:

- *La lingüística de los recursos del lenguaje*, que consiste en los tradicionales componentes de una teoría lingüística (fonética, fonología, morfología, sintaxis y semántica), cada uno de los cuales tiene su propia unidad de análisis.
- *Campos de investigación interdisciplinarios* (como la neurolingüística, la psicolingüística, la sociolingüística, la antropología lingüística) cada uno de los cuales tiene su objeto correlacional extra-lingüístico.

En contraste con éstos, la **pragmática** se ha presentado:

- Como la *lingüística del uso del lenguaje*.
- Como carente de unidad(es) de análisis propia(s) y objeto(s) correlacional(es).
- Como constituyente de una *perspectiva general funcional (cognitiva, social y cultural)* del lenguaje.
- Con un tema de investigación que es el *funcionamiento significativo del lenguaje* en uso real, como una forma compleja de comportamiento que *genera significado*.
- Y sirviendo, dentro del ámbito de las ciencias relacionadas con el lenguaje, como punto de convergencia para los campos interdisciplinarios de investigación y como bisagra entre éstos y los componentes de la lingüística de los recursos del lenguaje.

Es particularmente importante recordar que el **significado**, como rasgo definitorio de lo que preocupa a la pragmática, no es visto como un contrapunto estable de la forma lingüística sino que es generado dinámicamente en el proceso de usar el lenguaje.

Aunque la perspectiva esbozada en esta introducción no está elaborada en ninguna otra parte de la literatura pragmática, se encontrarán muchas discusiones sobre la definición del campo, cuya lectura cuidadosa puede hacer más fácil de entender la posición presente. En particular, son útiles los capítulos introductorios a Levinson (1983) y Davis (1991). Para una extensa discusión de por qué no se considera defendible la visión de la «pragmática como componente», véase Verschueren (1985b). Formulaciones tempranas que se acercan a lo que nosotros llamamos «pragmática como perspectiva» se encuentran en Weiser (1974) y Haberland y Mey (1977), como se mostrará más adelante (en el Capítulo 9). Para un anterior intento de aproximarse al uso del lenguaje en términos de generación de significado (o, en sus términos, construcción de significado) véase Grunig y Grunig (1985). Fuera de la literatura pragmática tradicional (véase Coulter, 1991, y Lee, 1991) se pueden encontrar interesantes discusiones que apuntan a la inseparabilidad de lo cognitivo, lo social y lo cultural —todo lo cual se debe combinar en una perspectiva pragmática—.

0.7 PRESENTACIÓN PRELIMINAR

Este libro tendrá que demostrar que la amplia visión de la pragmática que se adopta no conduce en absoluto a la vaguedad, una propiedad que se le atribuye a menudo a la pragmática, sino que nos capacita a aproximarnos a diferentes aspectos del uso del lenguaje de una manera bastante coherente. Va a dejarse atrás radicalmente la visión de la pragmática como «papelera», popular en otro tiempo (Bar-Hillel, 1971), que asignaba a la pragmática la tarea de tratar con lo que ni la sintaxis ni la semántica pudieran tratar.

El libro se organiza en tres partes y nueve capítulos. La Parte I, «La perspectiva pragmática», explica la idea de la pragmática como una perspectiva funcional general (de cualquier aspecto) del lenguaje, es decir, como una aproximación al lenguaje que tiene en cuenta la

complejidad completa de su funcionamiento cognitivo, social y cultural. Con este fin, el Capítulo 1, «El lenguaje y uso del lenguaje», revisará una amplia gama de fenómenos estudiados anteriormente bajo la denominación de pragmática, explicando por qué su interrelación y el restringido tratamiento que han recibido hasta ahora conduce casi necesariamente a la perspectiva más global que estamos adoptando. El Capítulo 2, «Nociones clave», volverá a la pregunta «¿Qué hace la gente cuando usa el lenguaje?» o «¿Qué es usar el lenguaje?» para introducir las observaciones primarias sobre las que tiene que construirse una teoría pragmática. Se sugerirá que el uso del lenguaje consiste en hacer elecciones lingüísticas continuamente (tanto al hablar como al interpretar) y que este «hacer elecciones» puede ser entendido en términos de tres nociones relacionadas jerárquicamente: «variabilidad», la propiedad del lenguaje que determina la gama de las elecciones posibles; «negociabilidad», que implica que las elecciones no son mecánicas sino guiadas por principios flexibles y estrategias; y «adaptabilidad», la propiedad del lenguaje que capacita a los seres humanos para hacer elecciones negociables desde una gama variable de posibilidades de tal manera que se satisfagan las necesidades comunicativas. Se mostrará que estas nociones son y han sido fundamentales, implícita si no explícitamente, para un entendimiento de los fenómenos presentados en el Capítulo 1.

La Parte II, «Aspectos del funcionamiento significativo del lenguaje», ofrecerá los pilares de construcción para un entendimiento de la pragmática como un campo coherente de investigación. Usando la «adaptabilidad» como el punto de partida, se demostrará que se pueden distinguir cuatro aspectos del funcionamiento significativo del lenguaje que cualquier teoría, descripción o explicación pragmática tiene que tener en cuenta. Se dedicará un capítulo a cada uno de ellos. El Capítulo 3, «Contexto», identificará correlatos contextuales de la adaptabilidad, incluyendo todos los ingredientes de un escenario comunicativo al que tienen que poder adaptarse las elecciones comunicativas. Se dará un amplio abanico de ejemplos de los tipos de elementos contextuales que restringen el uso del lenguaje. Se argumen-

tará que, a pesar de la aparente falta de límite de la gama de fenómenos potencialmente relevantes, «contexto» no es una noción vaga ya que los contextos son generados (como elecciones hechas entre un abanico infinito de posibilidades, para casos específicos de uso del lenguaje) y este proceso de generación puede rastrearse lingüísticamente. El Capítulo 4, «Estructura», sitúa el funcionamiento significativo del lenguaje en relación con los diferentes estratos de adaptabilidad. Como se hacen elecciones lingüísticas en todos los niveles posibles de la estructura que implican variabilidad de cualquier tipo, los procesos pragmáticos se pueden relacionar con cualquier nivel de la estructura, desde un rasgo de sonido y un fonema hasta el discurso, o con cualquier tipo de relación entre los niveles. En este capítulo se revisarán una amplia gama de temas favoritos de la pragmática —complementando los que ya se introdujeron en el Capítulo 1—. En el Capítulo 5, «Dinámica», se dará cuenta de los procesos reales de hacer elecciones, teniendo en cuenta la negociabilidad fundamental que acarrearán. Se mostrará cómo se usan los principios de comunicación y las estrategias en las elecciones y negociaciones de elecciones en la producción y en la interpretación. El capítulo 6, «Saliencia», considera el hecho de que no todas las elecciones se hacen con la misma conciencia e intención, que algunas son automáticas mientras que otras son altamente motivadas. Este capítulo se ocupa de las diferentes maneras de procesar en el medio de adaptabilidad, la «mente en sociedad» humana. Con referencia a este tema cuando la distinción entre significado explícitamente comunicado e información implícita adquirirá relevancia especial.

La Parte III, «Temas y tendencias», tiene dos objetivos. En primer lugar, los Capítulos 7 y 8 tienen la intención de explicar, con referencia a dos tipos de cuestiones de investigación específicas, cómo los aspectos descritos del funcionamiento significativo del lenguaje pueden ser manejados en la práctica. Mientras que la Parte I y la Parte II son más teóricas, los dos primeros capítulos de la Parte III serán más metodológicos, abordando también el tema de lo que cuenta como datos probatorios en pragmática. El Capítulo 7, «Cuestiones micro-

pragmáticas», discutirá algunos ejemplos que han de situarse en el micro-nivel de comunicación cara a cara o al nivel de «detalles» lingüísticos. El Capítulo 8, «Cuestiones macropragmáticas», explorará procesos comunicativos sociales más amplios. En segundo lugar, el Capítulo 9, «El panorama de la pragmática», señalará tendencias actuales y conexiones históricas. Este capítulo final está básicamente concebido como una guía para estudio posterior. Tratará algunas «teorías» actuales de pragmática y hará un enlace explícito con algunas tradiciones «formativas», con la idea principal de que la pragmática, ciertamente, no apareció del vacío.

PARTE I
LA PERSPECTIVA PRAGMÁTICA

INTRODUCCIÓN

Los dos capítulos siguientes tienen la intención de explicar la idea de la pragmática como perspectiva funcional general sobre el lenguaje y sobre cualquier aspecto de éste, como una aproximación al lenguaje que considera la complejidad completa de su funcionamiento cognitivo, social y funcional. Para relacionar este libro con tradiciones establecidas, el Capítulo 1 revisa una amplia gama de fenómenos estudiados previamente bajo la denominación de pragmática. También explica cómo están estrechamente interrelacionados y lo accidental de las distinciones resultantes, por lo que aceptar una perspectiva más global parece acertado en este punto del desarrollo del campo. El Capítulo 2 vuelve a la pregunta básica «¿Qué hace la gente cuándo usa el lenguaje?» o «¿Qué es usar el lenguaje?» Se presentan algunas observaciones elementales que conducen a las nociones clave necesarias para construir una teoría coherente de la pragmática. En contraste con el Capítulo 1, el Capítulo 2 es corto pero teórico. Sin embargo, la familiaridad con las premisas teóricas es esencial para situar el resto de este libro en su perspectiva adecuada.

1

EL LENGUAJE Y EL USO DEL LENGUAJE

Nuestra primera tarea es establecer un enlace claro con las preguntas de investigación y tradiciones que son comúnmente asociadas con la etiqueta de «pragmática». Con este objetivo, empezamos con dos ejemplos de uso real del lenguaje. El primero es un extracto de una conversación durante una cena en el Centro de Conferencias y Estudio de la Fundación Rockefeller en Bellagio, Italia (los nombres de los interlocutores se han cambiado; como en ejemplos posteriores, las negritas indican sílabas acentuadas [en la versión inglesa]. El segundo es el enunciado que abre la introducción editorial a *El mundo en 1996*, publicado por *The Economist* a finales de 1995 en una serie de publicaciones anuales del mismo tipo.

- (1) 1. Debby: ¿Habéis ido hoy a algún sitio?
Go anywhere today?
2. Dan: Sí, bajamos a Como. Subimos en autobús y volvimos en acuaplano.
Yes, we went down to Como. Up by bus, and back by hydrofoil.
3. Debby: ¿Algo que ver ahí?
Anything to see there?
4. Dan: Quizás no sea la ciudad italiana más interesante pero el viaje vale la pena.
Perhaps not the most interesting of Italian towns, but it's worth the trip.

5. Debby: Puede que haga eso el próximo sábado.
I might do that next Saturday.
6. Jane: ¿Qué quieres decir cuando dices quizás no sea la ciudad italiana más interesante?
What do you mean when you say perhaps not the most interesting of Italian towns?
7. Jack: Quiere decir ciertamente no la más interesante...
He means certainly not the most interesting...
8. Dan: Sólo intentando ser educado...
Just trying to be polite...

(2) 1996 será un año de prosperidad y paz.

En relación con estos fragmentos de discurso totalmente corrientes, que representan tipos que encontramos diariamente con frecuencia, se señalan algunos de los temas que la pragmática ha explorado tradicionalmente (sección 1.1). Se preguntará entonces si estos «temas comunes» pueden ser cuidadosamente separados, como parecería a primera vista, y se sugiere que simplemente tienen tanto en común que hay buenas razones para dejar de usarlos como puntos focales individuales para la organización de un libro sobre pragmática (sección 1.2). Se hará un enlace más explícito con la literatura especializada al tratarse uno de los puntos más controvertidos, la cuestión de la «intencionalidad», que cualquier teoría de la pragmática tendrá que considerar (sección 1.3). Al final de este primer capítulo hay algunas palabras introductorias sobre las diversas categorías del uso del lenguaje que conforman el comportamiento lingüístico (sección 1.4).

1.1 TEMAS COMUNES EN PRAGMÁTICA

1.1.1 *Deixis*

Los enunciados se relacionan con un mundo real, o lo que se percibe como tal, de al menos dos maneras diferentes. La relación puede ser descriptiva, como cuando *en autobús*, *catedral* y *seda* en (1), o

prosperidad y paz en (2) se refieren a aspectos de la realidad en las áreas del transporte, la religión, artículos de consumo, condiciones sociales o interacción grupal. Este tipo de referencia se ha dejado normalmente en la provincia de la semántica. Se ha insinuado previamente (en la sección 0.2) y se demostrará más adelante (en la sección 4.2.4) que la pragmática tiene también cosas interesantes que decir en esta área. Sin embargo, un segundo tipo de relación que ha sido tratado bajo la etiqueta de pragmática durante muchos años, tiene que ver con el posicionamiento de un enunciado en una realidad que lo rodea (y sobre la cual puede tratar). Uno de los primeros fenómenos que las consideraciones científicas del uso del lenguaje no podían ignorar era este «anclaje» del lenguaje en el mundo real, que se consigue «señalando» las variables a lo largo de alguna de estas dimensiones. Este fenómeno se llama *deíxis*, y los «señaladores» son **expresiones deícticas** o **indicadores**. Hay esencialmente cuatro *dimensiones*: tiempo, espacio, sociedad (en particular los interlocutores) y discurso (la actividad lingüística en transcurso).

Los marcadores de **deíxis temporal** incluyen *hoy* en (1)1., el tiempo pretérito de *subimos* en (1)2., *el próximo sábado* en (1)5., *1996* y el tiempo futuro de *será* en (2). Nótese que las variables a lo largo de la dimensión temporal —y en cualquier otra dimensión, como se clarificará pronto— no tienen valores absolutos. Incluso para determinar el **centro deíctico**, el punto de referencia desde el cual se observa la dimensión (típicamente *ahora* cuando se trata de tiempo), se necesita información sobre el **contexto deíctico**. De esta manera el significado de *hoy* en (1)1., que podría parecer muy poco ambiguo (*hoy* es al menos bastante «próximo» en comparación con el más «distante» *próximo sábado* en (1)5.), no puede ser entendido de manera precisa sin conocimiento sobre el tiempo del habla. En primer lugar, uno debería saber la fecha para dar sustancia temporal completa a *hoy*. Aparte de esto, es importante saber que la conversación tuvo lugar a la hora de la cena y, por tanto, es razonable suponer que *hoy* se refiere a un período de tiempo que ya ha pasado y que la frase elíptica en inglés se puede completar con *Did you go...* Sin el cono-

cimiento contextual, (1)1. podría ser también una pregunta sobre actividades planeadas para una parte futura del día (aunque en ese caso la forma elíptica más posible hubiera sido *Going...*, abreviación de *Are you going...* (¿Vas a ir...), dado que *Will you go...* (¿Irás...) es una forma menos común para preguntar sobre planes futuros inmediatos). De igual modo, aunque *1996* en (2) es una expresión muy convencionalizada para referirse a un período de tiempo específico, y aunque al estar con una referencia al tiempo futuro en *será* indica que el centro deíctico debe ser antes de 1996 o relativamente pronto en ese año, una selección de alguna de estas dos posibles interpretaciones no puede hacerse con certeza hasta que sabemos que el texto del que se extrajo la oración fue publicado a finales de 1995. Las expresiones deícticas no pueden interpretarse literalmente. Por esta razón, no hay una conexión automática ni mecánica entre las elecciones de tiempo y los anclajes de puntos temporales: el presente simple en *quieres* y *dices* en (1)6., y en *quiere decir* en (1)7., se refiere a una acción pasada, aunque un pasado muy reciente, si bien es cierto que es una acción con implicaciones más amplias de «significado»; lo mismo podría decirse de *intentando* en (1)8., aunque se puede interpretar como un imperfecto progresivo elíptico o un presente progresivo elíptico. Sin un cierto grado de flexibilidad interpretativa y libertad de elección en la producción de los enunciados, la comunicación cesaría ya en este nivel elemental.

La **deíxis espacial** se marca con *habéis ido* y *algún sitio* en (1)1., *bajamos a*, *Como*, *subimos* y *volvimos* en (1)2., y *ahí* en (1)3. El discurso mismo no indica el centro deíctico, el Centro de Conferencias y Estudio de Bellagio, que sólo es accesible a través del conocimiento del contexto del mundo real. Pero se supone obviamente un *aquí* no ambiguo contextualmente. La elección del verbo *ir* (en oposición a *venir*) indica un movimiento que se aleja del punto espacial de referencia, normalmente situado ya sea con el hablante(s) (como en esta conversación) ya con la gente a la que se refiere el discurso. Por consiguiente, es obvio que *Como* no puede ser el lugar donde está teniendo lugar la conversación, lo que es puesto de relieve más adelante con

el marcador deíctico «distante» *ahí* en (1)3., que es correferencial con *Como*. La relatividad de las expresiones deícticas espaciales está clara en (1)2. La elección de *bajamos a* en *bajamos a Como* puede ser principalmente motivada por la orientación geográfica que tradicionalmente sitúa lugares al sur más abajo en el mapa que lugares al norte; Como está de hecho situado al sur de Bellagio. Otro parámetro que puede estar relacionado es la situación del Centro de Conferencias y Estudio de Bellagio en la cima de una colina, mientras que Como está situado a nivel del lago Como. Tales parámetros pueden combinarse e interferir entre ellos de varias maneras, o su pertinencia puede ser cancelada por completo (porque, después de todo, estamos tratando aquí con formas de expresión convencionalizadas que mantienen sólo una conexión elemental con sus orígenes espaciales). Por eso no es predecible si *bajar a* se usaría si Como estuviera situado al norte del centro deíctico pero más bajo, o al sur y más alto; probablemente, sin embargo, no se usaría si estuviera al norte y más alto. Curiosamente, *bajar* y *subir* se refieren exactamente a la misma dirección en (1)2. Nada cambiaría en el significado de la oración si se sustituyera *subir* por *bajar*. La razón por la que *subir* puede aparecer sin contradicción es que hay un cambio en la perspectiva deíctica. Mientras el centro deíctico sigue siendo el mismo, *bajar a* estaba principalmente motivado por propiedades espaciales más o menos «objetivas» (y se deja el trabajo relacional a *ir*); *subir*, en cambio, hace de polo estándar (aunque no irremplazable) de un conjunto contrastivo «relacional» que significa «alejado del centro deíctico» en contraste con *volver*. En el ejemplo (2) la ausencia de deícticos espaciales específicos indica que el estado de las cosas descrito se ve como bastante general, la situación está «en todas partes». Esta interpretación se apoya contextualmente por el título de la publicación de la cual se tomó la oración, *El mundo en 1996*.

La **deíxis social** ancla el lenguaje en su contexto de uso interactivo inmediato. En su nivel más elemental, este proceso incluye lo que se denomina normalmente **deíxis de persona**. La comunicación cara a cara involucra a un número de actores sociales cuyos roles

subyacen a la distinción básica tripartita entre primera persona, el centro deíctico a lo largo de la dimensión social, segunda persona o destinatario, y tercera persona u «otros». Los tres se activan en (1): un omitido *vosotros/ustedes* en (1)1., *nosotros* en (1)2., *yo* en (1)5., *tú* dos veces en (1)6., y *él* en (1)7. De nuevo, el uso de tales formas no está libre de complejidades. Esta conversación tiene lugar entre las mismas cuatro personas, una persona habla en cada turno y las otras tres forman la audiencia. Sin embargo, un pequeño cambio en la perspectiva deíctica puede convertir a la misma persona, Dan, en una segunda persona *tú* en (1)6., y en una tercera persona «intrusa» *él* en (1)7., donde Dan es todavía obviamente una de las personas a las que se dirige la palabra. Para entender el uso de *nosotros* en (1)2. es útil saber que Dan y Jane son marido y mujer, que viajan juntos (un hecho que hace (1)6. más desafiante para Dan que si cualquier otra persona hubiera preguntado lo mismo, y que no se infiere simplemente por (1)6.). En general, *nosotros* es un deíctico con una gama bastante amplia de usos. En (1)2. es un *nosotros* «exclusivo» porque excluye al destinatario directo cuya pregunta se está respondiendo. En una oración como *Deberíamos ir a Como algún día*, enunciada como sugerencia, el destinatario se incluye en el campo de *nosotros*, por lo cual se lo puede llamar un *nosotros* «inclusivo». *Nosotros* puede ser también un sustituto «ceremonial» para *yo*, como en muchos escritos académicos (tal como Julio César, forzando un poco las cosas, se las ingenió para reservar *él* para describir sus propias proezas). Y *nosotros* puede incluso reemplazar a *tú* como en el *¿Cómo nos encontramos hoy?* de un médico. En el ejemplo (2), no se dispone de ninguna deíxis de persona a un nivel explícito, lo que no es raro en la comunicación escrita.

También en el ámbito de la deíxis social, y a veces incluyendo elección de pronombres, está el fenómeno llamado **deíxis actitudinal** (normalmente llamado «deíxis social» en oposición a «deíxis de persona»): el uso de expresiones deícticas que señala aspectos de estatus social y/o formas de respeto, basadas o no en estatus «objetivos». Ejemplos típicos son las elecciones posibles en muchas lenguas entre segundas personas, formas de tratamiento formal e informal, como *tu*

versus *vous* en francés, *du* versus *Sie* en alemán, *Jij* versus *U* en holandés, *tú* versus *usted* en español. También se incluyen bajo esta etiqueta los elaborados sistemas de «honoríficos» o expresiones posibles en numerosas lenguas que indican mayor estatus (no sólo pronombres sino también expresiones vocativas, títulos de tratamiento y similares).

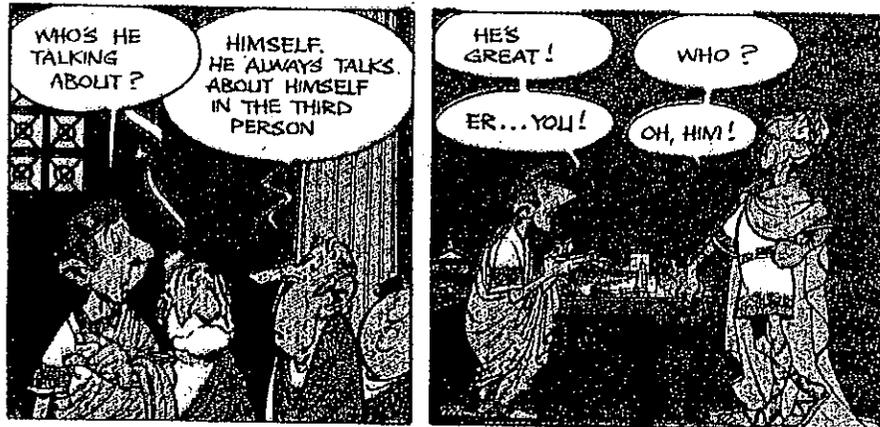


Ilustración 1.1 (De: Goscinny y Uderzo, 1973, *Astérix y la residencia de los dioses*, Londres, Hodder Dargaud, 5)

[—¿De quién está hablando? —De él mismo. Siempre habla de sí mismo en tercera persona. / —Es genial. —¿Quién? —Eh... Usted. —¡Oh, él!]

Finalmente, una vez producido, el discurso mismo también proporciona una dimensión para anclar los enunciados. Hablamos de **deíxis discursiva** cuando una forma de expresión señala al discurso anterior, simultáneo o posterior. Así *ahí* en (1)3. retrocede a *Como* en (1)2., *eso* en (1)5. refiere al *bajar a Como* dicho en (1)2., y *quieres decir...dices* en (1)6., *quiere decir* (1)7., e *intentando ser educado* en (1)8. todos se refieren al enunciado hecho en (1)4. Un caso algo especial es *ahí* en (1)3. porque además de ser un deíctico discursivo es también anafórico puesto que muestra «correferencia» con *Como* en (1)2.: las dos expresiones se refieren a la misma realidad fuera del discurso. La deíxis discursiva puede ser también de un tipo «auto-

referencial» o «reflexivo», como cuando la expresión *en este libro* se usa en este libro, o cuando yo digo *Sonaba así* mientras imito la voz de la persona de la que hablo. Cuando anuncio que voy a contar una historia diciendo *Me gustaría contar esta historia sobre...* se encuentra un tipo «proyectivo» de deíxis discursiva. Además proyección y autorreferencia se combinan en *Este libro explicará...* (Este tipo de fenómeno será tratado con detalle posteriormente, en las secciones 3.3.2 y 6.4.1, cuando hablemos del tema de la cohesión contextual y los indicadores de conciencia metapragmática, respectivamente).

1.1.2 Actos de habla

Cuando Debby dice *¿Habéis ido a algún sitio hoy?* (en (1)1.) ella hace algo. Lo que ella hace se llama «hacer una pregunta». El interés en este tipo de acto, que corresponde estructuralmente a una oración y se llama **acto de habla**, ha sido uno de los ingredientes básicos de la pragmática durante mucho tiempo. El filósofo John Austin introdujo este concepto. En su propia búsqueda de formas de tratar el lenguaje como forma de acción (en reacción al positivismo lógico, que no aceptaba el significado fuera del ámbito de lo que podía ser probado por su verdad o falsedad), distinguió primero entre enunciados «constatativos» y «performativos». En esta dicotomía, «constatativos», como *bajamos a Como* en (1)2., son enunciados en los cuales se *dice* algo que puede ser evaluado en la dimensión de su valor de verdad. Por otro lado, los performativos son enunciados como *¿Habéis ido a algún sitio hoy?* en (1)1. (o, para tomar otros ejemplos, *Prometo ir a Como* o *Bautizo este barco Lago di Como*), en los cuales *se hace* algo de lo que no se puede decir que sea cierto o falso sino que se puede evaluar en una dimensión de «condiciones de satisfacción o felicidad» [*felicity conditions*]. De tal forma *¿Habéis ido a algún sitio hoy?* no es satisfactorio como pregunta a menos que Debby esté interesada en la respuesta de Dan; *Prometo ir a Como* no es satisfactorio a menos que yo tenga la intención de ir a Como y me comprometa a hacerlo; *Bautizo este barco Lago di Como* requiere que yo esté auto-

rizado para llevar a cabo la cristianización de este barco. Sin embargo, Austin se dio cuenta pronto de que estas distinciones tan cuidadosas son problemáticas. Si la memoria a corto plazo de Dan está dañada y no recuerda realmente lo que ha hecho a lo largo del día, habría algo insatisfactorio sobre *bajamos a Como*, incluso si estuviera en lo cierto por casualidad. Igualmente problemáticos son los ejemplos como (2), en que *1996 será un año de prosperidad y paz* tiene la estructura de simple constativo pero donde no se puede realizar hasta un año más tarde una evaluación de verdad o falsedad, y donde las condiciones de felicidad exigirían al autor estar en la posición de saber lo suficiente sobre el mundo para hacer algún tipo de predicción con autoridad.

La conclusión de Austin era simple: todos los enunciados contienen elementos constativos y performativos; todos son dichos y hechos al mismo tiempo. Para recoger las implicaciones de esta intuición, sustituyó la terminología constativo-performativo por una distinción tripartita: «locuciones» son actos de decir algo (la enunciación de la cadena de sonidos *Prometo ir a Como*, que contiene una proposición, o el aspecto constativo del acto de habla); «illocuciones» son lo que se hace al decir algo (al decir *Prometo ir a Como* yo hago una promesa); y «perlocuciones» son lo que se hace diciendo algo (diciendo *Prometo ir a Como* hago que usted cuente con que voy a Como). Dejando los detalles terminológicos a un lado, podemos ver que es en este punto donde John Searle retoma este tema con su fórmula de actos de habla $F(p)$, en la cual «F» significa fuerza (illocutiva), el lado de acción de cada acto de habla, y «p» significa proposición, el lado de contenido del acto de habla (que consiste en una referencia y una predicación).

Searle sistematizó las intuiciones de Austin sobre las condiciones de felicidad con la propuesta de que para una definición adecuada de cada tipo de acto de habla se deben especificar cuatro tipos de condiciones, todas necesarias y, juntas, suficientes. De este modo, para que (2), *1996 será un año de prosperidad y paz* sea una predicción satisfactoria se deben dar las siguientes condiciones:

- Condición de contenido proposicional: especificación de un futuro estado de cosas.
- Condición preparatoria: el hablante/escritor tiene la información adecuada para formar una opinión «válida» sobre el futuro estado de cosas.
- Condición de sinceridad: el hablante/escritor cree que el futuro estado de cosas será de hecho como el descrito.
- Condición esencial: el enunciado cuenta como un acto que compromete al hablante/escritor a la probabilidad de que el futuro estado de cosas será como el descrito.

Para que (1)3., *¿Hay algo que ver ahí?*, sea una pregunta «satisfactoria», se debe dar lo siguiente:

- Condición de contenido proposicional: ninguna.
- Condición preparatoria: Debby tiene razones para creer que Dan puede darle información sobre Como.
- Condición de sinceridad: Debby quiere que Dan le dé información sobre Como.
- Condición esencial: el enunciado cuenta como un intento de hacer que Dan dé una respuesta que ofrezca información sobre Como.

Como ya debe quedar claro con estos dos ejemplos, el uso real tiene una tendencia a jugar con tales condiciones. El ejemplo (2) puede tener un gran efecto retórico que lo hace inmune a la crítica en las dimensiones estipuladas por las condiciones de felicidad. En (1)3., la función principal puede ser mantener una conversación relativamente banal (un fenómeno generalmente conocido como «comunicación fática»; véase Senft, 1995), para que así la menos que informativa respuesta en (1)4. pueda ser perfectamente satisfactoria. Pero esto no hace que (2) y (1)3. no se consideren menos que una predicción o una pregunta respectivamente. A la vez, sin embargo, esto no invalida necesariamente el análisis propuesto, ya que puede presentar nociones

en cuyos términos se conceptualiza habitualmente la comunicación en una comunidad dada.

Además del aparato analítico en términos de condiciones necesarias y suficientes, que puede ser más «prototípico» en una comunidad específica que «necesario y suficiente» (incluso dentro de la misma comunidad; véase la sección 4.3), la teoría de los actos de habla ortodoxa sugiere también que todos los actos de habla, en cualquier lengua, en cualquier lugar del mundo, pertenecen a alguna de estas cinco categorías:

1. Asertivos (p. ej. afirmaciones, como *Bajamos a Como*): expresan una creencia, hacen que las palabras se correspondan con el mundo y comprometan al hablante con la verdad de lo que afirma.
2. Directivos (p. ej. peticiones, como *Por favor baja a Como conmigo*, u órdenes, como *¡Baja a Como mañana!*): expresan un deseo, hacen que el mundo se corresponda con las palabras y cuentan como un intento de hacer que el oyente haga algo.
3. Comisivos (p. ej. promesas, como *Prometo ir a Como* u ofrecimientos, como *Le ofrecemos el trabajo de guía turístico oficial de la ciudad de Como*): expresan una intención, hacen que el mundo se corresponda con las palabras y cuentan como un compromiso del hablante para participar en una acción futura.
4. Expresivos (p. ej. disculpas, como *Lo siento muchísimo*, o agradecimientos, como *Agradecemos enormemente lo que hizo por nosotros*): expresan una variedad de estados psicológicos, no tienen una correspondencia entre las palabras y el mundo y simplemente cuentan como expresiones de un estado psicológico.
5. Declarativos (p. ej. bautizar, abdicar, declarar la guerra): no expresan un estado psicológico, hacen que las palabras se correspondan con el mundo y que el mundo se corresponda con las palabras, con el objetivo de realizar un cambio en la realidad (institucional).

Es necesario hacer sólo dos aclaraciones sobre esta clasificación de actos de habla, que es sin ninguna duda la más influyente de todas las que se han propuesto. Primero, las categorías no son en absoluto mutuamente excluyentes. El uso real del lenguaje contiene muchos tipos de actos que, si tomamos la clasificación seriamente, deberían ser llamados híbridos. Consideremos, por ejemplo, amenazas del tipo *Si te vuelvo a ver con mi hermana, te mato*, que son al mismo tiempo directivos (con la intención de cambiar el comportamiento de alguien) y comisivos. Segundo, la clasificación se basa enteramente en tres dimensiones de variación (estado psicológico, dirección de ajuste [*direction of fit*] y «finalidad ilocutiva»); si se escogieran otras dimensiones como punto de partida (como fuerza relativa, por ejemplo, entre sugerir e insistir; o diferencias entre estatus de relaciones entre hablante y oyente, en la diferencia entre pedir y ordenar, por ejemplo) esto conduciría a clasificaciones diferentes. Tendrán que hacerse más observaciones más adelante (véase la sección 4.3).

Se deben introducir algunas nociones más de actos de habla para referencia futura. Primero está la distinción, ya hecha por Austin, entre **performativos explícitos** y **performativos primarios**. Los performativos explícitos (sólo, y de manera algo confusa, llamados «performativos» en uso posterior) son actos de habla del tipo *Prometo ir a Como* o *Bautizo este barco Lago di Como*, que contienen verbos como *prometer* y *bautizar* en primera persona singular del presente indicativo en voz activa y que describen el tipo de acto que se realiza (véase también la sección 7.1.2). El resto de formas de enunciado, como *Iré a Como* (dicho con el mismo significado de «promesa»), son performativos primarios (también llamados, de manera confusa, «performativos implícitos»). Los performativos explícitos son ejemplos de lo que hemos descrito antes (en 1.1.1) como *deixis discursiva* de tipo autorreferencial. Los verbos performativos incluidos (una subcategoría de una gama más amplia de verbos de actos de habla, muchos de los cuales no se pueden usar performativamente, como *amenazar*) pertenecen a la gama de **mecanismos que indican fuerza ilocutiva (IFI)**, que también incluye el tipo de oración (véase el pró-

ximo párrafo), ciertos adverbios (por ejemplo *francamente*, *seriamente*, *brevemente*, *confidencialmente*; véase también la sección 6.4.1), aspectos del orden de palabras, acentuación y entonación. (Por el papel que estos IFI juegan como marcadores explícitos de la fuerza ilocutiva es confuso etiquetar todos los «performativos primarios», en oposición con los «performativos explícitos», como «performativos implícitos»).

Finalmente, se asume habitualmente que el mayor número de tipos de oraciones que sirven como IFI tienen asociada normalmente una **fuerza literal**: una fuerza asertiva para las oraciones declarativas, una fuerza de pregunta para las oraciones interrogativas y una fuerza directiva para las oraciones imperativas. Cuando se rompe este patrón, como en *¿Puedes pedirme un taxi?*, que es literalmente una pregunta sobre la capacidad del destinatario para pedir un taxi pero funciona como una petición de que eso se haga, se usa la denominación de **acto de habla indirecto**. En casos como éste, la «finalidad ilocutiva primaria» es la de una petición: el enunciado cuenta como un intento de hacer que el oyente pida un taxi. La finalidad ilocutiva que define la fuerza literal, la de pregunta (que hace que el enunciado cuente como un intento de obtener una confirmación sobre la capacidad del oyente de pedir un taxi), es a lo sumo secundaria.

1.1.3 Significado implícito

Si la pragmática observa el lenguaje como forma de acción anclada en el contexto del mundo real, o lo que se percibe como tal, una de las consecuencias más inmediatas es que debe prestar atención a tipos de significado que van más allá de lo que es «dado» por la forma del lenguaje misma, o de lo que es «dicho» literalmente. En otras palabras, una gama de mecanismos que surgen de la característica del lenguaje como acción fijada contextualmente, que podría ser capturada por el término general **significado implícito**, se convierte en un tema de investigación inevitable. Están involucradas tres cosas: la imposibilidad de explicitud completa, los modos lingüísticos conven-

cionales de sobrellevar esta imposibilidad y las estrategias para explotarla en la generación de significado.

La imposibilidad de explicitud completa

Imaginemos lo que Debby tendría que decir para aclarar en términos lingüísticos completamente explícitos lo que quiso decir cuando preguntó *¿Habéis ido a algún sitio hoy?* en (1)1. Se podría intentar lo siguiente:

Suponiendo que estamos sentados lo suficientemente cerca para que tú, Dan que tienes una capacidad auditiva normal y un conocimiento del idioma adecuado, me entiendas, me dirijo a ti. También supongo que compartimos algún conocimiento sobre dónde estamos y por qué estamos aquí. Quiero decir: supongo que tú sabes que yo sé que tú sabes, etc. También, me imagino que tú, como yo, no quieres que nos sentemos aquí en silencio sino que los dos queremos interactuar socialmente y sociablemente por medio de una conversación. Puesto que también compartimos el conocimiento de que ahora es la hora de la cena, que la mayor parte del día ya ha pasado, y que durante un día como éste se pueden hacer muchas cosas, y que una de las opciones básicas es quedarse aquí o salir, me parece razonable empezar una conversación preguntando si habéis ido a algún sitio hoy. Entonces te pregunto «¿habéis ido a algún sitio hoy?», y te agradecería mucho si me pudieras decir algo en respuesta a esta pregunta.

No importa lo elaborado de este intento, el nuevo modo de expresión todavía deja implícito más de lo que es capaz de hacer explícito. El mundo de información inexpresada que un enunciado carga con él se llama **información de fondo**. Algunas veces también recibe el nombre de **conocimiento común** o **terreno común**, porque se debe suponer que se comparte —hasta cierto grado— por el enunciador y el intérprete. Como tales supuestos comportan subordinaciones recursivas y mutuas (Yo sé que tú sabes que yo sé, etc.), el término **conocimiento mutuo** también se usa a menudo. Yo emplearé normalmente sólo «información de fondo» o «supuestos de fondo», términos

que evitan afirmaciones sobre el compartir real o incluso supuesto de la información en cuestión. No es necesario decir que cualquiera que sea el término usado, el significado implícito que cubre no es una entidad fija sino que se forma en el transcurso de la interacción lingüística.

Lo que cuenta para el discurso oral es igualmente verdadero para el escrito. Aunque los textos escritos constituyen un medio que necesita ciertos tipos de información explícita porque productor e intérprete normalmente no comparten espacio y tiempo, ni en muchos casos un objetivo comunicativo común, llevan consigo una cantidad igual de información inexpressada que se da por conocida. Por esa razón (2), *1996 será un año de prosperidad y paz*, puede ser muy explícito en la referencia temporal, pero incluso con respecto al tiempo deja cosas implícitas: para una buena interpretación uno debe suponer que el lector sabe qué sistema de calendario se usa para situar el año 1996. Más aún, una gran parte del conocimiento del mundo es necesaria sólo para empezar a interpretar *prosperidad y paz*. Como se demostrará (véase la sección 8.2.2), la aceptación de la afirmación depende crucialmente de marcos de referencia ideológicos.

La imposibilidad de una explicitud completa y la necesidad de «explicar» aspectos de información general de fondo para lograr un entendimiento completo de cualquier ejemplo de uso del lenguaje son tan generalizadas que se inventó un término (algo confuso) para los productos que desarrollan el significado de un enunciado por medio de representaciones más explícitas: la **explicitura**. Por ejemplo, *El Centro está cerrado en enero* requiere como «explicituras» una especificación posterior sobre de qué «Centro» se habla, o si «enero» significa enero de un año específico o de todos los años y si «cerrado» significa cerrado para toda criatura viviente o sólo para personas que de otro modo entrarían para usar el centro para sus fines normales. La confusión se puede evitar si recordamos claramente que las explicituras, en este sentido, son simples representaciones de formas de significado implícitas.

Maneras convencionales de comunicar significado implícito

Los lenguajes proporcionan numerosos portadores de significado implícito, herramientas para unir el contenido explícito con aspectos relevantes de la información de fondo.

Una primera categoría de tales herramientas son las construcciones y expresiones que llevan consigo **presuposiciones** (las «presuposiciones» son aspectos del significado que deben ser pre-supuestos, entendidos, dados por hecho, para que un enunciado tenga sentido). «Expresiones referenciales» como *Como en Bajamos a Como* (en (1)2), o *1996 en 1996 será un año de prosperidad y paz* (en (2)), o *Napoleón y Waterloo en Napoleón fue derrotado en Waterloo*, todas presuponen la existencia, en un tiempo y/o lugar, de entidades en un mundo «real», sea una ciudad, un período de tiempo etiquetado y situado históricamente o una persona. Éstas se llaman **presuposiciones existenciales**, las cuales tienen que satisfacerse para que las oraciones en las que aparecen tengan sentido. Por eso *El Rey de Francia está hablando con Napoleón*, dicho en este momento de la historia y usando el presente, carece de significado real porque las presuposiciones existenciales que conllevan las expresiones referenciales *El Rey de Francia y Napoleón* no se satisfacen. Este ejemplo muestra también que el hecho de que se pueda decir que una presuposición existencial de una expresión referencial está satisfecha depende tanto de la oración en que la expresión se usa como en la expresión misma. No hay nada anómalo en *El Presidente Clinton está loco por Napoleón*. Esta estructura de la oración requiere la «existencia» de Napoleón sólo como figura histórica, no como uno de nuestros contemporáneos. (Obsérvese como los dos predicados *está hablando con* y *está loco por* permiten diferentes anclajes en el tiempo).

Muchas construcciones conllevan otros tipos de presuposiciones. Intentemos algunas variaciones del ejemplo (2):

- (2) a. El año de prosperidad y paz ha terminado.
- b. Siento que el año de prosperidad y paz haya terminado.
- c. La O.N.U. logró traer la paz.

- d. El tiempo de prosperidad y paz volverá.
- e. Mientras la O.N.U. mantenía la paz en Bosnia, empezó una guerra en el Zaire.
- f. Fue la O.N.U. la que llevó la paz a Bosnia.
- g. Lo que la O.N.U. hizo fue llevar la paz a Bosnia.
- h. 1996 será un año de prosperidad y paz y 1997 será un **gran** desastre.
- i. 1996, que fue un año de prosperidad y paz, será siempre recordado.
- j. Si 1996 hubiera sido un año de prosperidad y paz, hoy no habría tantos refugiados.
- k. ¿Será 1996 pacífico o violento?
- l. Incluso 1996 podría ser llamado pacífico.
- m. Si incluso 1996 se puede llamar pacífico, 1995 era el paraíso.
- n. Todo 1996 será pacífico.

En (2)a. la «descripción definida» *El año de prosperidad y paz* y el verbo de «cambio de estado» *terminar* presuponen que ha habido un periodo de tiempo que puede describirse legítimamente en esos términos. («Descripción definida» es un término usado en semántica lógica para hablar de cualquier frase, normalmente un nombre propio o una frase nominal con un artículo definido, que describe una entidad específica o definida, no una categoría; el resto de términos presentados en este párrafo son bastante comunes en la literatura y sólo pueden definirse usando ejemplos del contexto presente.) En (2)b. el «verbo causativo» *sentir* presupone el hecho que el año de prosperidad y paz ha terminado realmente. En (2)c. el verbo «implicatorio» *lograr* presupone que la O.N.U. intentó llevar la paz (y que no fue fácil hacerlo). En (2)d. el verbo «iterativo» *volver* presupone que ha habido un tiempo de prosperidad y paz anteriormente. En (2)e. el adverbio «temporal» *mientras* presupone que es verdad que la O.N.U. mantenía la paz en Bosnia. En (2)f. la «construcción hendida» *Fue... la que* presupone que alguien llevó la paz a Bosnia, mientras que la «pseudohendida» *Lo que la O.N.U. hizo...* en (2)g. presupone que la

O.N.U. hizo algo en Bosnia. El contraste presentado en (2)h. acentuando *gran* presupone que es un desastre (presumiblemente para fabricantes de armas) que 1996 vaya a ser un año de prosperidad y paz. La cláusula de relativo no restrictiva en (2)i. presupone que 1996 fue de hecho un año de prosperidad y paz. El condicional en (2)j. presupone que 1996 no fue un año de prosperidad y paz, mientras que la estructura interrogativa en (2)k. presupone que 1996 será o pacífico o violento. La partícula *incluso* en (2)l. y (2)m. presupone que algún otro año, o años, puede ser candidato a ser llamado pacífico. Finalmente, la noción «escalar» de *todo* en (2)n. presupone que *partes de* 1996 serán pacíficas (porque valores más altos en una escala tienden a implicar los valores más bajos). No es necesario decir que esta lista no agota las posibilidades.

La propiedad principal a señalar sobre los anteriores ejemplos es la siguiente: las presuposiciones especificadas se mantienen sin importar que las oraciones sean verdaderas o falsas. En general, como consecuencia, las proposiciones principales de esas oraciones pueden también ser negadas sin afectar a las presuposiciones. Intentemos (2)a. con ... *no ha terminado*, (2)b. con *No siento...*, o (2)c. con *La O.N.U. no logró...* Sin embargo, las presuposiciones pueden ser extrañamente susceptibles a pequeños cambios en un contexto (lingüístico o no lingüístico). Considérense (2)o., (2)p., y (2)q.:

- (2) o. Sé que 1996 será un año de prosperidad y paz.
- p. No sabe que 1996 será un año de prosperidad y paz.
- q. No sé que/si 1996 será un año de prosperidad y paz.

Aunque (2)o. y (2)p. están caracterizados por la misma presuposición (que 1996 será un año de prosperidad y paz), esta presuposición se desvanece en (2)q. Este fenómeno se llama **cancelación** de las presuposiciones —que es solamente otro término para sensibilidad al contexto.

Un aspecto de sensibilidad al contexto o cancelación que ha recibido mucha atención es el **problema de la proyección** para las presuposiciones, por llamarlo de alguna manera: en algunos casos en que

las construcciones que incluyen una presuposición están subordinadas en una estructura más compleja, conservan sus presuposiciones (p. ej. las proyectan en una estructura más amplia), mientras en otros casos las pierden. Consideremos de (2)r. a (2)w.:

- (2) r. Cuando la O.N.U. logró llevar la paz, el mundo cambió.
- s. Como la O.N.U. no logró llevar la paz, el mundo seguirá siendo un lugar miserable.
- t. Si la O.N.U. no logró llevar la paz, el mundo seguirá siendo un lugar miserable.
- u. La O.N.U. logró llevar la paz sin ni siquiera intentarlo.
- v. La O.N.U. anunció que había logrado llevar la paz.
- w. La O.N.U. se descuidó al anunciar que había logrado llevar la paz.

La presuposición de que la O.N.U. trató de lograr la paz, observada en relación a la oración simple (2)c. de arriba, se queda intacta en las estructuras más complejas (2)r. y (2)s. En (2)t., sin embargo, puede pertenecer a la interpretación o no, aunque probablemente la sugerencia es que la O.N.U. *debe* al menos intentar lograr la paz. En (2)u. la presuposición es simplemente cancelada o bloqueada por su negación explícita *sin ni siquiera intentarlo*. En (2)v. está neutralizada y cualquiera de las interpretaciones es posible como resultado de su subordinación a *anunció*. Finalmente, en (2)w. la presuposición está claramente restaurada.

Las presuposiciones son relaciones entre una forma de expresión y un significado implícito al que se puede llegar por un proceso de inferencia (pragmática). Además de inferencia «pragmática», el proceso de inferir significado de un modo que no puede ser imaginado sin tener en cuenta información contextual, hay también tipos de inferencias que se supone que conducen *lógicamente* a relaciones entre formas y significados implícitos. Se llaman normalmente **implicaciones (lógicas)** o **entrañamientos**, o, a veces, **implicaturas convencionales**. (El término técnico «implicatura» fue introducido por el filósofo del lenguaje Paul Grice para cubrir una variedad de significados no

explícitos como sugerencias, implicaciones y otros similares; algunas son «convencionales», incorporadas convencionalmente a las formas lingüísticas; otras son conversacionales, como será explicado en la siguiente parte de esta sección). La lógica, sin embargo, está también influida por las restricciones de uso, por lo cual debemos dedicar aquí algún tiempo al fenómeno. Hasta el punto en que se hacen distinciones sistemáticas, se dice que las implicaciones lógicas o entrañamientos dependen del valor de verdad (en el sentido que A entraña o implica lógicamente B si y sólo si cada situación que hace que A sea verdad también hace que B sea verdad) mientras que las implicaturas convencionales son inferencias que no dependen del valor de verdad y que no obstante están incorporadas por convención a formas de expresión específicas como los ítems léxicos. Consideremos de (2)x. a (2)z.:

- (2) x. Este soldado de la O.N.U. es el pacificador local.
- y. La O.N.U. logró traer la paz y olvidó anunciarlo.
- z. La O.N.U. logró traer la paz pero olvidó anunciarlo.

En (2)x. *el pacificador local* implica lógicamente o entraña que «este soldado de la O.N.U.» es *un pacificador local*: lo primero es verdad si y sólo si lo segundo es verdad. Los ejemplos (2)y. y (2)z., sin embargo, tienen las mismas condiciones de verdad pero difieren en que *pero* en (2)z. implica convencionalmente que hay un contraste entre los dos conjuntos. Pese a que estos análisis son aceptables en un nivel descontextualizado, tan pronto como el uso real está involucrado el conjunto puede cambiar significativamente. Así, no hay modo en que *el* en (2)x. pueda simplemente reemplazarse por el artículo indefinido *un* sin cambiar realmente el significado. Incluso a un nivel lógico más profundo, la posibilidad de sustitución depende también del alcance de *local*; si significa «en relación a la localidad específica donde el soldado de la O.N.U. en cuestión se encuentra» la sustitución no funciona (ya que en este caso el soldado en cuestión sería normalmente el único «pacificador local» y, como consecuencia, no un miembro individual de una categoría en absoluto). En cambio, sí funciona si

significa «en relación a cualquier localidad donde la O.N.U. tiene soldados». Respecto a la diferencia entre *y* y *pero* en (2)y. y (2)z., ésta puede desaparecer tan pronto como se use una diferente entonación para (2)y. que haga una exclamación en la segunda parte e introduzca así la expresión de sorpresa y, consiguientemente, contraste. Acércandonos más al objetivo, *pero* no está predeterminado a enfatizar necesariamente el contraste (convencionalmente implicado), como debe ser claro en (2)z':

- (2) z'. La paz nunca ha sido lograda pero la O.N.U. olvidará anunciarlo.

Aquí *pero* establece una correlación entre el lograr la paz y el olvido de la O.N.U. de anunciarlo. El contraste, aunque típicamente implicado por la palabra (también en su uso no coordinante en inglés —que a menudo se trata como diferente ítem léxico— que significa «excepto» como en *There was nothing there but a pair of socks* [*Allí no había nada excepto un par de calcetines*]), no es una propiedad de la palabra misma sino en buena parte una función de su uso.

Evitar estratégicamente la explicitud

Como el ejemplo final debe hacer sospechar al lector, y como se demostrará más adelante en este libro (véase específicamente el Capítulo 5), sean cuales sean los medios convencionales que se ofrezcan para comunicar significado implícito (y también explícito), estos son siempre manipulables. De la misma manera, la imposibilidad de ser totalmente explícito en el lenguaje se presta a sí misma a la explotación estratégica. El mejor punto de comparación para este fenómeno en el mundo no lingüístico podría ser la gravedad. La gravedad es una seria restricción a la manipulación que hace la gente de objetos en el espacio pero puede explotarse creativamente en la construcción de edificios y, en última instancia, es incluso una condición previa para que la construcción tenga lugar. De igual modo, una explotación creativa de las restricciones a la posibilidad de explicitud es uno de

los recursos para la generación de significado por medio del uso del lenguaje.

Un caso claro a modo de ilustración es lo que se ha llamado «mentira presuposicional». Cuando le preguntan por qué no se presentó a tiempo, usted puede responder *No logré escaparme*, incluso si usted ni siquiera trató de hacerlo. Por medio de la presuposición normal que va unida a *lograr*, usted dará la impresión de que sí trató y se quitará así algo de culpa. Pero nadie puede acusarle de haber *dicho* que usted trató de escaparse y por tanto de haber mentido sobre ello.

Sin duda la mayor contribución a nuestra comprensión de este tipo de procesos ha sido la teoría de Grice de la **implicatura conversacional**. Grice propuso un sistema de «lógica conversacional» basado en un número de «máximas de conversación», principios intuitivos que se supone que guían la interacción conversacional al mantener un «principio cooperativo» general (PC). Las «máximas» se diferencian de las «reglas» en que se consideran generalmente válidas y no cuentan sólo para casos específicos. El PC dice:

Su aporte a la conversación debe ser, en cada etapa de ésta, tal como lo exija la finalidad o la dirección del intercambio verbal aceptada por ambas partes.

Las máximas son:

1. *La máxima de cantidad*:
 - (i) Que su contribución sea todo lo informativa que requiera el propósito de la conversación.
 - (ii) Que su contribución no sea más informativa de lo requerido.
2. *La máxima de calidad*: Que su contribución sea verdadera
 - (i) No diga nada que crea falso.
 - (ii) No diga nada de cuya verdad no tenga pruebas.
3. *La máxima de relación* (posteriormente llamada de *relevancia*): Sea relevante.

4. *La máxima de manera*: Sea claro.

- (i) Evite la oscuridad de expresión.
- (ii) Evite la ambigüedad.
- (iii) Sea breve.
- (iv) Sea ordenado.

Asumiendo que estas máximas están generalmente o «normalmente» adheridas a la cultura comunicativa en las que fueron formuladas, dan lugar a implicaturas conversacionales «convencionales» o «estándares» (no confundir con lo que se llamó «implicaturas convencionales» en páginas anteriores). Un funcionamiento regular de la máxima de calidad en 1996 *será un año de prosperidad y paz* en (2) nos conduce a la implicatura de que el autor cree que 1996 será un año de prosperidad y paz y que tiene las suficientes pruebas para hacer esta predicción —una observación que hace recordar las condiciones de felicidad de los actos de habla. De igual modo, en base a la misma máxima de calidad, de la pregunta de Debby *¿Hay algo que ver ahí?* en (1)3. se puede inferir que Debby no conoce (mucho) Como y que quiere saber más. Considere ahora la siguiente respuesta posible como alternativa a (1)4.

(1)4. a. Hay una bonita catedral y mucha seda.

En base a la máxima de cantidad, se puede inferir que la catedral y la seda son (potencialmente) las cosas más interesantes a mencionar sobre Como y que allí no hay tesoros que puedan hacerla rivalizar con Florencia o Roma. Obsérvese cómo el mismo tipo de implicatura se deriva de la máxima de relación o relevancia, razón por la cual teorías posteriores (en particular la tradición iniciada por Sperber y Wilson, 1986) han tratado de reducir mucho, si no todo, lo descrito por Grice a un único principio de relevancia. Por otra parte, la suposición de adherencia a la máxima de manera conduce a uno a inferir que la información es bastante clara, es decir, que hay una catedral en particular, que no requiere más especificación para que cualquiera la encuentre y que uno no puede dejar de apreciar la seda tampoco.

No obstante, hay más sobre la implicatura conversacional que estas formas de significado implícito inferido convencionalmente de formas de expresión en combinación con supuesta adherencia estándar a máximas conversacionales. Aquí es donde entra la explotación estratégica de la implicatura. En muchas ocasiones las máximas serán violadas aparente u «ostentosamente». Pero como se espera que los hablantes sean cooperativos y usen el lenguaje de acuerdo con las máximas, cualquier violación aparente u ostentosa será interpretada por un interlocutor cooperativo como un acto consciente que señala el significado implícito especial. La inferencia basada en esto conduce a implicaturas conversacionales extras o diferentes de las «estándares» o «convencionales», aspectos del significado que van incluso más allá de lo que es literalmente dicho. Por eso cuando Dan dice en (1)4., comentando algo sobre Como en respuesta a la pregunta de Debby, *Quizás no sea la ciudad italiana más interesante pero el viaje vale la pena*, está violando aparentemente la primera submáxima de la máxima de cantidad al no dar ninguna información real, así como la máxima de calidad al usar una expresión (*quizás*) que no refleja adecuadamente sus creencias y que obviamente no hace justicia a su propio acceso a la verdad de los hechos (los otros participantes en la conversación saben muy bien que Dan ha visitado otras muchas ciudades italianas). Pero al hacer eso, se transmite implícitamente el significado, hecho explícito más tarde en la conversación, de que Como no es de ningún modo la más interesante de las ciudades italianas. En otras palabras, *el viaje vale la pena* mientras uno no espere mucho.

Antes de dar más ejemplos, resumamos los tipos de significado implícito que hemos repasado hasta ahora:

1. *Presuposición*: significado implícito que debe ser presupuesto, entendido, para que un enunciado tenga sentido.
2. *Implicación (lógica), entañamiento, implicatura convencional*: significado implícito que puede ser inferido de una forma de expresión lógicamente.

3. *Implicatura convencional o conversacional estándar*: significado implícito que puede ser inferido convencionalmente de las formas de expresión en combinación con la supuesta adherencia estándar a las máximas conversacionales.
4. *Implicatura conversacional* (no convencional o específica para la ocasión): significado implícito inferido de una violación obvia de una máxima conversacional en combinación con la supuesta adherencia al principio de cooperación.

Mientras que 1., 2. y 3. tienen que ver con los medios convencionales para comunicar significado implícito, todo lo cual puede también ser estratégicamente explotado, 4. supone fundamentalmente que se evite estratégicamente la explicitud. Demos algunos ejemplos adicionales de esto último.

Consideremos una posibles respuestas a la pregunta de Debby *¿Algo que ver ahí?* en (1)3.:

- (1)4. b. Una ciudad.
 c. Una catedral de piedra y mucha seda producida localmente por millones de gusanos de seda.
 d. Rivaliza con Florencia.
 e. No hay mejor ciudad en el mundo.
 f. Sí.
 g. Miles de personas, cada una con una nariz, dos ojos, dos orejas, una boca, que hablan italiano y se dedican a sus cosas.
 h. Si tiene los ojos abiertos.

Todas indican depreciación en varios grados: (1)4.b. no es ciertamente tan informativa como es necesario para los fines actuales del intercambio; (1)4.c. contiene más detalles o información de la que es necesaria; (1)4.d. apenas se puede esperar que represente literalmente lo que el hablante cree; lo mismo puede decirse de (1)4.e., lo cual

tampoco puede basarse en la evidencia completa (ya que nadie, presumiblemente ha visto todas las ciudades del mundo); (1)4.f. y (1)4.g. no parecen respuestas realmente relevantes (lo mismo que, en este caso, (1)4.b., (1)4.c. y (1)4.h.) y (1)4.h. se evade del tema y no es clara. Los procesos son ligeramente diferentes en cada caso, pero hay sin duda dos dominantes: (i) evasión de los temas relevantes, lo que se podría ilustrar con (1)4.i:

- (1)4. i. En un día claro tienes una bonita vista de los Alpes.

y (ii) decir algo que es fácilmente reconocible como no verdadero. Para lo último, como se ha mostrado en (1)4.d. y (1)4.e., el significado implicado puede ser simplemente el opuesto de lo que se dice literalmente. A este proceso se le llama normalmente **ironía**. En (1)4.j. y (1)4.k. se ejemplifican diferentes maneras de producir algo fácilmente reconocible como no verdadero, lo que consecuentemente da lugar a implicaturas:

- (1)4. j. Como es un gusano de seda gigante.
 k. Como es la Cleveland de Italia.

Los procesos en juego aquí son **metafóricos**. (Obsérvese que no todas las metáforas pueden explicarse de esta manera. Todas las lenguas contienen numerosas estructuras y expresiones convencionalizadas que pueden ser metafóricas en origen pero que no requieren pasos inferenciales del tipo descrito aquí. Véase la sección 6.2.1 para encontrar ejemplos.)

Las implicaturas conversacionales son «cancelables», pueden eliminarse o cambiar modificando o añadiendo algo al enunciado, como en (1)4.l.:

- (1)4. l. Si mantiene los ojos abiertos —entonces puede encontrar verdaderas joyas.

También son «no separables», son propiedades del significado de los enunciados como un todo y no están simplemente unidas a una forma

única de expresión. Por esta razón no hay una diferencia fundamental entre (1)4. y (1)4.m. o (1)4.n., pese a las diferentes formas de expresión.

- (1)4. m. Quizás Como no es Florencia pero el viaje vale la pena.
n. Quizás Como no es una metrópolis pero el viaje vale la pena.

Por otra parte, las implicaturas conversacionales son «calculables», así que pueden ser cuestionadas como en (1)6. y hechas explícitas como en (1)7. Finalmente, no son «completamente determinables», por eso —a pesar de ser calculables— su significado no tiene que ser estable a lo largo de instancias de uso o no tiene ni siquiera que ser el mismo para diferentes usuarios. Esto debe quedar claro especialmente en los casos metafóricos (1)4.j. y (1)4.k. El que Como sea *un gusano de seda gigante* puede implicar que no tiene nada de interés que ofrecer excepto por la seda o que tiene una sorprendente industria de la seda o, para intérpretes con familiaridad con los gusanos de seda, puede aludir a propiedades que una persona que no tenga dicha familiaridad no se puede ni imaginar. El que Como sea *la Cleveland de Italia*, por otro lado, puede implicar que es una ciudad normal pero con algo de atractivo o más específicamente que es fuertemente industrial o tiene una gran orquesta, como Cleveland, Ohio.

La teoría de la implicatura conversacional de Grice está predicada para un modelo de comunicación que otorga los valores normativos más altos a las necesidades de racionalidad y eficiencia. Sin embargo, como se ha observado a menudo en la literatura pragmática, el comportamiento social también incorpora normas, lo que parecería requerir violaciones de las máximas. En particular nos referimos a las normas de cortesía, que no permiten a menudo enunciados completamente informativos, verdades sin mitigar o claridad completa (véase también 1.2). Fue la intuición captada por Dan a un nivel preteórico cuando emitió el enunciado metapragmático *Sólo intentando ser educado* (1)8. De igual modo, hay tipos de actividad verbal, como los que se encuentran bajo la etiqueta de **humor**, que difícilmente po-

drían ser posibles con completa adherencia a las máximas (véase la Ilustración 2) aunque un fragmento de discurso que sigue las máximas diligentemente puede por sí mismo convertirse en bastante humorístico precisamente por esa razón. La cortesía y el humor explotan los dos la imposibilidad de explicitud completa estratégicamente, usando muchos de los mecanismos descritos por Grice para generar significado implicado.



Ilustración 1.2 Un intento de humor en publicidad: ¿y las máximas?

[«Los de al lado tenían un perrito faldero.» / Los sureños tienen sus propias reglas.]

1.1.4 Conversación

Volvamos a un cuarto tema común en la literatura sobre pragmática. Desde la perspectiva de su contribución a los intentos de generación de significado, hay más en el uso del lenguaje de lo que se puede decir en términos de déixis, actos de habla y significado implícito. En particular, la idea de que los actos de habla serían los pilares básicos según los cuales toda acción lingüística podría ser entendida no fue aceptada por mucho tiempo por la mayoría de los pragmatistas. En su lugar volvieron al estudio de fragmentos de **interacción lingüística**, normalmente **conversaciones** de varios tipos. Se ha prestado mucha atención a sus propiedades estructurales y cómo éstas revelan lo que realmente está pasando en el uso del lenguaje. Volvamos al ejemplo (1), repetido aquí por comodidad, para ilustrar algunas de las cosas que pasan en las conversaciones.

- (1)
1. Debby: ¿Habéis ido hoy a algún sitio?
 2. Dan: Sí, bajamos a Como. Subimos en autobús y volvimos en acuaplano.
 3. Debby: Algo que ver ahí?
 4. Dan: Quizás no sea la ciudad italiana más interesante pero el viaje vale la pena.
 5. Debby: Puede que haga eso el próximo sábado.
 6. Jane: ¿Qué quieres decir cuando dices quizás no sea la ciudad italiana más interesante?
 7. Jack: Quiere decir ciertamente no la más interesante...
 8. Dan: Sólo intentando ser educado...

Aunque hay muchos tipos de conversación institucionalizados (como en el aula, en los tribunales, etc.) que imponen una estructura desde el principio (como el profesor dirigiéndose a los estudiantes que sólo pueden hablar después de pedir permiso o después de que se les pregunte), y aunque hay muchas comunidades en que restricciones estructurales similares son resultado de reglas sociales más generales (como cuando las diferencias de edad dictan quién puede hablar y cuándo), es probablemente acertado decir que los intercambios in-

formales del tipo presentado en (1) son **localmente gestionados**. Esto es, quién toma qué **turno** en la conversación es algo que se decide en el transcurso de la interacción. Sin embargo esta **alternancia de turnos** no se hace al azar. Revela aspectos de una organización social, por lo que el análisis de conversación —con sus bases en la sociología (véase el Capítulo 9)— tiene un interés central en la toma de turnos. (Para ver un ejemplo de organización institucional que refleja la colocación de los turnos, véase la sección 7.2.2.) Hay un sistema, por esto es por lo que tanto los solapamientos como los silencios entre turnos son normalmente mínimos, aunque no debemos olvidar que la frecuencia de solapamientos y la longitud de los silencios puede variar de gran manera como aspectos de hábitos comunicativos que predominan en una comunidad o en un tipo específico de contexto. El inicio de un turno o «hacerse con la palabra», puede ser el producto de la **autoselección** o la **heteroselección**. En (1)1., por ejemplo, Debby se elige a sí misma para introducir un nuevo tema en la conversación, pero siguiendo la regla de «el hablante actual selecciona al siguiente», ella selecciona a Dan para el siguiente turno y lo hace no lanzando su pregunta abruptamente, sino dirigiéndose a él directamente, una actividad que se revela por la postura, el gesto y/o la mirada. Dan sabe que ha llegado su turno porque el final de una pregunta es un **lugar apropiado para la transición** [*transitional relevance place*] típico y marcado prosódicamente, el final claro de una **unidad de construcción de turno** [*turn constructional unit*] que, en este caso, coincide con un turno completo. Cuando Debby cierra el turno en (1)5. y pierde su «derecho» a seleccionar más hablantes, esto da a Jane la oportunidad de seleccionarse a sí misma en (1)6. Jane usa esta oportunidad para volver al tema anterior. Algunas de las complejidades del sistema son reveladas por el hecho de que Jack, en (1)7., sin haber sido seleccionado e ignorando la selección que hace Jane de Dan como hablante siguiente, puede de alguna manera **interrumpir** sin irrumpir en el flujo de la conversación. Ésta es en gran medida una función de la relevancia del turno voluntario e impuesto (que puede también **solaparse** con (1)6. sin causar ningún tipo de moles-

tia). Del mismo modo Jane, habiendo hecho el viaje con Dan, podría haber añadido *Fue muy divertido* después del enunciado de Dan en (1)2. sin haber sido seleccionada por nadie. Incluso podría haberse hecho con la palabra en (1)2. diciendo exactamente lo que Dan dice, cancelando de este modo la selección de Dan por parte de Debby, aunque esto podía haberse considerado un poco grosero.

Cuando los turnos son más largos que en el ejemplo (1), la gestión local del sistema de alternancia de turnos también implica la producción de gestos o sonidos para mantener la comunicación (*back channel cues*) por parte del destinatario (que van desde asentir con la cabeza hasta *mmm* y *síes*). Su función es indicar al hablante que uno está escuchando y que uno no supone que se ha alcanzado ya un lugar apropiado para la transición, por eso se llaman algunas veces «continuadores».

Un aspecto importante de la estructura conversacional es la **secuencia** de turnos. Esto implica **aperturas** y **cierres** conversacionales, ninguno de ellos está ilustrado en (1), que representa simplemente un fragmento (coherente) de interacción sacado de una conversación más amplia. En (1) la secuencia está determinada por la sucesión de tres **pares adyacentes** (es decir, pares de turnos que se espera que normalmente se sigan el uno al otro), todos del mismo tipo: pregunta-respuesta. La tercera pregunta en (1)6. no está seguida por una respuesta adyacente inmediatamente sino por el comentario insertado de Jack en (1)7. Esto cancela básicamente la necesidad de una respuesta real y conduce al comentario metapragmático de Dan en (1)8. que es una confirmación del comentario de Jack antes que una respuesta directa a la pregunta de Jane. Sin embargo, la estructura global permanece relativamente simple. Consideremos, brevemente, un fragmento de conversación alternativa que podría reemplazar a (1) por completo.

- (3) 1. Debby: ¿Has estado ya en Como?
 2. Dan: Fuimos la semana pasada.
 3. Debby: ¿Cómo se va ahí?
 4. Dan: Fuimos en autobús y volvimos en acuaplano.
 5. Debby: ¿Hay algo que ver ahí?

6. Dan: Depende de lo que te interese.
 7. Debby: Quiero decir, si hay monumentos históricos y cosas interesantes que comprar.
 8. Dan: Tiene una bonita catedral y mucha seda.
 9. Debby: Me gustaría ir el sábado. ¿Quieres ir conmigo?

Aunque ésta es sólo una conversación entre dos, en lugar de un intercambio entre cuatro como (1), la estructura es más compleja, incluso aunque parezca casi completamente una concatenación de pares adyacentes. Primero, considérense los turnos (3)5. y (3)8. que son los dos elementos de un par normal de pregunta-respuesta: están separados por una **secuencia insertada** que consiste en una petición de clarificación en (3)6. y la clarificación dada en (3)7. Lo que hace la secuencia insertada es explorar el territorio común que necesita Dan para dar una respuesta máximamente relevante a la pregunta de Debby. Además, observando a la relación entre los dos pares de pregunta-respuesta en (3)1.- (3)2. y (3)3.- (3)4., el primero se puede interpretar como una **presecuencia** del segundo porque la valoración de que Dan ha estado ya en Como tiene implicaciones directas para la probabilidad de que él sea capaz de dar una respuesta informativa a la pregunta en (3)3. Casi del mismo modo, (3)1.- (3)2. sirve como presecuencia a la pregunta hecha en (3)5., y el intercambio entero desde (3)1. a (3)8. es una presecuencia elaborada que prepara la invitación que se extiende en (3)9.: una evaluación de si Como tiene alguna atracción para Dan es útil para decidir si invitarlo o no a acompañarla en el viaje. La estructura global de (3) implica claramente un tipo de organización jerárquica: algunos actos en la secuencia son centrales mientras otros son subsidiarios. Se puede representar como en la Figura 1.1.

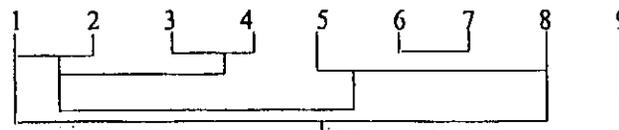


Fig. 1.1 Organización secuencial de un intercambio

La motivación de las presecuencias, tal y como se han presentado informalmente más arriba, es un fenómeno llamado **organización de la preferencia**. Hay repuestas preferidas y no preferidas para diferentes tipos de enunciado (no en el sentido de preferencia personal, sino en términos de un estatus observable, acordado socialmente, que guía producción e interpretación). Una petición es preferiblemente concedida, de modo que un hablante tendrá la tendencia de primero averiguar, p. ej. por medio de una secuencia pregunta-repuesta precedente, cuál es la posibilidad de que una petición sea concedida. De manera similar, cuando se hace una pregunta se responde preferiblemente con un enunciado informativo. Por esta razón tiene sentido que Debby pregunte primero si Dan ha estado ya en Como antes de preguntarle cómo se llega. Una respuesta negativa por parte de Dan podría no haberle impedido hacer básicamente la misma pregunta pero probablemente habría sido enunciada de diferente manera, como en (4)3.

- (4) 1. Debby: ¿Has estado ya en Como?
 2. Dan: No, no he estado.
 3. Debby: ¿Sabes cómo se llega?

Obsérvese que (4)3. es de hecho un movimiento potencialmente presecuencial en sí mismo: si la respuesta es que Dan *sabe* cómo se llega a Como, Debby puede entonces hacer su pregunta real, ¿Cómo se llega? En la práctica esto casi nunca ocurre. En la teoría de los actos de habla, (4)3. se llamaría un acto de habla indirecto porque no pregunta directamente por la información deseada sino simplemente si una de las precondiciones para que el destinatario sea capaz de dar la información se satisface o no. De ese acto el destinatario infiere, invocando los principios de relevancia, que el que pregunta realmente quiere la información en cuestión. Pero todo esto está tan convencionalizado que la inferencia consciente ya no es necesaria. Por esta razón, los actos de habla indirectos de este tipo pueden ser tratados en términos conversacionales como «fusionadores convencionalizados de presecuencia-secuencia».

Volviendo al ejemplo (3), una vez Debby tiene certeza de que Como tiene algunas cosas que Dan considera de interés, uno de los factores que podría obstaculizar su aceptación de la invitación a acompañarla en el viaje ha sido eliminado, facilitándole a Debby así la extensión de la invitación en (3)9. — una posibilidad que podría haber sido virtualmente bloqueada por un intercambio como (5).

- (5) 1. Debby: ¿Como es un lugar interesante?
 2. Dan: Lo odio.

Por supuesto, hay todavía otros factores que podrían conducir a la no aceptación, como que Dan tuviera ya otros planes, que es la razón por la cual las secuencias de pre-invitación toman a menudo la forma ilustrada en (6).

- (6) 1. Debby: ¿Como es un lugar interesante?
 2. Dan: Hay una bonita catedral y mucha seda.
 3. Debby: ¿Tienes planes el sábado?
 4. Dan: No.
 5. Debby: Me gustaría ir. ¿Me acompañas?

Por la mismo razón, las estrategias más convencionalizadas de este tipo son tan reconocibles que a menudo conducen a secuencias insertadas por el destinatario para protegerse a sí mismo de la expectación de una respuesta preferida, como se ilustra en (7).

- (7) 1. Debby: ¿Vas a hacer algo el sábado?
 2. Dan: ¿Por qué?
 3. Debby: Me gustaría ir a Como.
 4. Dan: Bien.

Obsérvese que la invitación ni siquiera tiene que expresarse para ser entendida y aceptada.

Las conversaciones raramente consisten en oraciones modelo que se encontrarían en libros de gramática. Los ejemplos que he usado (de los cuales sólo (1) era auténtico) no son realmente típicos en ese sentido. Normalmente hay **pausas** y **vacilaciones** significativas, así co-

mo **falsos principios y reparaciones**. Las reparaciones pueden ser reparaciones de otros (donde un hablante corrige lo que otro hablante ha dicho) como en (8)2., o auto-reparaciones como en (9) (donde «=» al final de una línea y en el principio de la siguiente indica que una sigue a la otra inmediatamente y «...» indica una pausa).

- (8) 1. Debby: ¿Has estado ya en Cuomo?
 2. Dan: Quieres decir Como...
- (9) Debby: ¿Has estado ya en Cuomo?=
 = quiero decir Como...Siempre lo confundo con ese tipo de Nueva York.

Excepto por interesantes confusiones (como Como-Cuomo), las «imperfecciones» raramente se retienen en la memoria. Lo mismo es cierto para la mayoría de las propiedades «técnicas» de la organización de las conversaciones. Aun así, ejerce normalmente una influencia en la manera en la que el significado se incorpora a los enunciados y contribuye así significativamente al dinamismo de la interacción. Por esta razón los analistas de la conversación acentúan siempre la necesidad de usar datos auténticos. Y también por lo que las técnicas de grabación (el audio, e incluso más el vídeo) son sin duda un invento que ha revolucionado el estudio del uso del lenguaje tanto como la invención del microscopio revolucionó las ciencias. Las transcripciones cuidadosas, que no serían posibles sin grabaciones, combinadas con la posibilidad de escuchar y ver los datos orales y visuales una y otra vez, hacen posible estudiar el funcionamiento real del lenguaje en maneras que antes no eran posibles. (Para una buena introducción a las técnicas disponibles de recolección de datos, véase Goodwin 1993.)

El principio de autenticidad se debe tomar muy seriamente en pragmática. ¿Por qué, entonces, puede preguntar el lector atento, este mismo principio se viola en los párrafos precedentes, que no sólo contienen una interpretación (simple) de un intercambio auténtico, sino también un número de intercambios imaginarios? La razón es que

para entender completamente los patrones del uso del lenguaje, las explicaciones deben ser contrastivas, hasta el punto que debemos ser capaces de hablar sobre lo que es posible así como de lo que se observa en la «realidad». Esta afirmación, sin embargo, no será completamente transparente hasta que hayamos sido capaces de extendernos sobre algunos de los principios básicos de una teoría coherente de la pragmática en el Capítulo 2.

Antes de cerrar esta breve visión global de temas comunes en la pragmática y empezar a discutir sus interconexiones con igual brevedad, vamos a introducir un término adicional que se usará habitualmente en este libro, **acontecimiento de habla**. Este término ha sido reservado para cualquier tipo de uso del lenguaje (a menudo oral), caracterizado como conversación o no, visto desde el punto de vista de su incrustación totalmente social (y a menudo institucional) (véase sección 5.2 para una definición más explícita).

1.2 QUÉ TIENEN EN COMÚN LOS TEMAS COMUNES

La visión precedente conecta este libro a puntos centrales en una historia de veinte o treinta años de estudio del uso del lenguaje. Una vez presentados, hay buenas razones para dejar de usar estos puntos centrales como principios organizadores de un libro sobre pragmática. La razón principal es que representan *diferentes maneras de hablar sobre fenómenos comunes* más que de fenómenos diferentes. La teoría de los actos de habla es, de algún modo, una manera, orientada hacia la estructura, de tratar procesos de significación cuya naturaleza procedural (inferencial) es destacada por una teoría de las implicaturas. Pero demos algunos ejemplos prácticos de las relaciones entre ellos, algunas ya insinuadas de pasada.

Habitualmente, las reglas de los actos de habla son aplicaciones específicas de máximas de conversación más generales. Tomemos, por ejemplo, la segunda submáxima de la máxima de cantidad («Que

su contribución no sea más informativa de lo requerido») y la máxima de relación («Sea relevante»). Ambas se reflejan o «se aplican» en la condición preparatoria para afirmar que «No es obvio para el hablante que el oyente conoce el contenido proposicional p de lo que dice». De forma similar, la condición de sinceridad para afirmar, «El hablante cree p'», simplemente aplica la máxima de cualidad («Que su contribución sea verdadera»).

Más aún, se confía en las máximas de la conversación como pasos para la «derivación ilocutiva», la cual, según los teóricos de los actos de habla, es necesaria para llegar al significado de los actos de habla indirectos. Así, para usar uno de los ejemplos de Searle y su análisis, si tenemos un intercambio como (10):

- (10) 1. John: Vamos al cine esta noche.
2. Ann: Tengo que estudiar para un examen.

primeramente, John tiene que suponer que Ann está cooperando en la conversación para que su intervención (10)2. intente ser relevante. De otro modo él tendría que llegar a la conclusión de que ella no responde a su propuesta dado que su conocimiento del uso del lenguaje, o de los actos de habla, o incluso más específicamente de los pares adyacentes (lo que nos conduce inmediatamente al campo normalmente cubierto por el análisis de la conversación), dicta que las respuestas válidas pueden ser sólo actos de aceptación, rechazo, propuestas alternativas, intentos de discutir la propuesta y otros similares. Sabiendo que (10)2. no es uno de los tipos de respuesta esperada, pero creyendo que Ann está sin embargo intentando ser relevante, John debe inferir que Ann quiere decir más de lo que dice y, presumiblemente, que la finalidad ilocutiva primaria de su enunciado es diferente al literal.

Si todavía quedase alguna duda sobre esto, los actos de habla indirectos representan un tipo de significado implícito y acarrearán estrategias conversacionales. En referencia al significado implícito, la inferencia posterior de John usa información de fondo (en particular el conocimiento de que ambas cosas, estudiar para un examen e ir al ci-

ne, toman un largo período de tiempo relativo a una única noche y por eso son difícilmente compatibles) para llegar a la conclusión de que (10)2. es un rechazo implícito de su propuesta. (No es necesario decir que la ordenación lineal de esos pasos inferenciales no parece corresponderse con los procesos cognitivos reales y algunos de los pasos pueden incluso no ser necesarios; pero esa discusión puede conducirnos demasiado lejos en este momento.) En referencia a las estrategias conversacionales, ya hemos sugerido (en la sección 1.1.4) la conexión con la organización de la preferencia y sus consecuencias. La organización de la preferencia no sólo motiva el uso de los actos de habla indirectos del tipo «fusionador convencionalizado pre-secuencia-secuencia», sino también, como se ilustra aquí, de un tipo que hace posible evitar rotundamente que se elija un tipo de respuesta no preferida.

El ejemplo (10) muestra que no es sólo el mero *hecho de las interrelaciones* entre diferentes temas tradicionales de la pragmática lo que nos debe inducir a abandonar su tratamiento conjunto. Fundamentalmente, debemos darnos cuenta de qué puntos de vista divergentes *tienen que combinarse* para lograr una comprensión adecuada. Así, el modelo de inferencia clásico para explicar el acto de habla indirecto en (10)2. sólo recurre al bastante esencialista «conocimiento de qué». Lo que también necesitamos es referencia a un «conocimiento de cómo» más procedural del turno de habla como tipo de interacción social en la cual se basa el análisis de conversación.

Los actos de habla indirectos no son el único enlace entre la teoría de los actos de habla y el estudio del significado implícito. Una de las principales primeras definiciones de las presuposiciones avanzadas en la literatura depende crucialmente de funciones del lenguaje que se discuten generalmente en términos de actos de habla:

Las oraciones en el lenguaje natural se usan para hacer preguntas, dar órdenes, hacer aserciones, expresar sentimientos, etc. [...] Podemos identificar las presuposiciones de una oración como las condiciones que se deben satisfacer antes de que la oración pueda ser usada en alguna de las funciones mencionadas (Fillmore, 1971b, pág. 380).

Para usar uno de los ejemplos de Fillmore, *Abre la puerta por favor* puede usarse como una orden solamente si el destinatario está en posición de saber a qué puerta se ha hecho referencia y sólo si esa puerta no está abierta en el momento del habla. De manera clara, tales presuposiciones se añaden a la satisfacción de algunas condiciones preparatorias de las peticiones.

Otras interconexiones entre diferentes temas tradicionales de la pragmática incluyen fenómenos como:

- El carácter discursivo-deíctico de los performativos explícitos.
- La deixis discursiva y el uso de comentarios metapragmáticos en la interacción en transcurso como en (1)6., (1)7. y (1)8.
- El uso de nociones metapragmáticas del lenguaje natural como «petición», «invitación», «saludos» y otras en el análisis de la conversación. La teoría de los actos de habla ofrecía un análisis que todavía puede ser relevante para explicar ciertos procesos conversacionales. Las explicaciones de los actos de habla no pueden entenderse como descripciones de las condiciones necesarias y suficientes para ser pilares básicos válidos de la interacción lingüística. Sin embargo, pueden ser reinterpretadas como una primera aproximación razonablemente adecuada al núcleo prototípico del significado de los verbos de actos de habla en inglés, es decir, de conceptos lexicalizados gracias a los cuales ciertos aspectos de la interacción lingüística pueden entenderse mejor (una forma de comportamiento social que no puede separarse de las interpretaciones que se asocian con él en las mentes de los que participan en ese comportamiento). (Véase la sección 6.4.2.)

Estas observaciones superficiales provocan demasiadas preguntas para que sea posible un tratamiento adecuado en esta fase. Se volverá a ellas en su debido momento. Sin embargo, y antes de dejar el tema de las interconexiones entre los diferentes temas comunes de la pragmática, se tratarán brevemente dos más, dado que han desarrollado campos enteros de investigación con derecho propio.

El primero tiene que ver con la relación entre lo que hemos llamado deixis actitudinal y los principios fundamentales de la interacción conversacional, en particular aquellos que a menudo parecen requerir violaciones de las máximas griceanas. El campo en cuestión es el estudio de la *cortesía*. Mientras *deferencia* se reserva para expresiones de respeto hacia personas de un estatus más alto, «cortesía» se ha convertido en un amplio término abarcador en pragmática para cualquiera de las elecciones hechas en el uso del lenguaje en relación con la necesidad de preservar la *imagen* («*face*», en inglés) de las personas en general, su auto-imagen pública. Se hace una distinción entre la *imagen negativa*, la necesidad de una persona de tener libertad de acción, y la *imagen positiva*, la necesidad de una persona de ser tratada como igual o como parte del grupo. Cualquier acto que pone en riesgo la imagen pública es un *acto amenazante a la imagen (AAI)*. Un ejemplo de acto amenazante a la imagen negativa podría ser la petición directa en (11) que pone en peligro la libertad de acción del destinatario:

(11) Cuando bajas a Como, cómprame una corbata de seda.

Un ejemplo de un acto amenazante a la imagen positiva sería el rechazo directo a responder a una petición de información en (12)2. que niega el estatus igualitario al destinatario:

(12) 1. Debby: ¿Dónde compró Dan esa corbata nueva?
2. Jane: No te lo voy a decir.

Ambos (11) y (12)2. son amenazas reales a la imagen porque son, como diría la literatura sobre cortesía, *sin acción compensatoria*, o completamente abiertos y directos, sin ningún intento de permitir al destinatario conservar alguna libertad de acción o algún sentimiento de igualdad. El supuesto es que reglas o principios de cortesía entran en juego para hacer actos de este tipo menos amenazantes.

Las estrategias de cortesía, entonces, normalmente implican atenuación y/o no hablar directamente, como en (13), un ejemplo de cor-

tesía negativa o un intento de salvar la imagen negativa del destinatario, o en (14)2., un ejemplo de cortesía positiva o un intento de salvar la imagen positiva del destinatario.

- (13) Odio abusar, pero cuando estés en Como ¿podrías comprarme una corbata de seda?
- (14) 1. Debby: ¿Cuándo compró Dan esa nueva corbata de seda?
2. Jane: Sé que es estúpido pero le prometí no decírselo a nadie. No sabía que tú ibas a estar interesada.

En ambos ejemplos, el enunciador todavía actúa **abiertamente**: es todavía obvio que (13) es una petición y que (14)2. una negación de acceso a la información. Pero la amenaza a la imagen se reduce a un nivel más tolerable si se usa una formulación diferente.

Otra estrategia es actuar **encubiertamente**, como en (15) si fuera enunciada casualmente sin dirigirse a nadie en particular, para lograr el mismo efecto que el intentado en (11) y (13).

- (15) Debería comprarme una de esas corbatas de seda.

Los destinatarios pueden interpretar si este enunciado es una petición o no lo es. Debe quedar claro con estos pocos ejemplos que el tema de la cortesía se enlaza de manera intrincada con varios de los «temas comunes» que ya han sido revisados. Antes de seguir adelante, debemos también señalar que no podemos permitir que este tratamiento de la cortesía, basado en Brown y Levinson (1987), esconda el hecho de que algunos actos, en lugar de ser amenazantes a la imagen, pueden ser activamente realzadores de la imagen (véase Kerbrat-Orecchioni, 1997), y que la descortesía y la rudeza pueden ser tan funcionales en la comunicación como la «cortesía» (véase Kienpointner, 1997).

La última conexión intra-temática en la que vamos a hacer hincapié en esta sección es el área donde los principios análogos a las máximas de conversación (especialmente relacionados con la relevancia y a menudo expresados en términos de coherencia) entran en contacto con ciertos tipos de estrategias en una variedad de actos de habla. El

área en cuestión la cubren los estudios de **argumentación**, en los cuales, para los objetivos actuales, se deben distinguir dos tendencias principales. Un tendencia, que recurre fuertemente a principios de lo razonable, lo relevante y lo coherente en la construcción de argumentos para alcanzar objetivos comunicativos específicos, tiene afinidad cercana con el campo de la «retórica», la cual de muchas maneras puede verse como una forma de «pragmática». Una segunda tendencia, asociada directamente al lingüista francés Oswald Ducrot, fomenta la argumentación como la fuerza organizativa básica que subyace a toda comunicación lingüística. Se dice que la «orientación argumentativa» de los enunciados explica un amplio abanico de fenómenos, desde el uso de conjunciones como *pero* en *El tiempo está precioso pero no tengo tiempo para dar un paseo* pasando por la sugerencia conversacionalmente implicada de que debemos ir a dar un paseo cuando digo, bajo circunstancias determinadas, *El tiempo está precioso*, hasta modelos clásicos de argumentación retórica. (Otra línea divisoria en el campo de estudios de la argumentación, menos directamente pertinente a nuestros objetivos actuales, es la que se encuentra entre una aproximación prescriptiva en oposición a una descriptiva.)

1.3 EL PROBLEMA DE LA INTENCIONALIDAD

Un primer vistazo a lo que ofrece la literatura pragmática —que es lo que realmente es este capítulo— no estaría completo sin una discusión breve de una de las nociones más controvertidas, la intencionalidad, y su relación con el significado. Más aún, una posición en la controversia es crucial para cualquier otra cosa que una teoría de la pragmática pueda decir sobre el uso del lenguaje.

Aunque el significado solía ser visto como una propiedad de las palabras y oraciones que podía ser estudiada aisladamente, la pragmática reconoce un vasto ámbito de significado que se filtra en la vi-

da y las actividades de las personas – un reconocimiento que ya era común en una gama de tradiciones de investigación mucho antes de que volviera a entrar en la lingüística (como se explicará en el Capítulo 9). La aceptación de una visión global del significado como no unido a la estructura por parte de lingüistas y filósofos se inició con la explicación de Grice del «significado no-natural». Grice contrastó el «significado no-natural» con el «significado natural» representado por *significan* en *Esas nubes significan lluvia*. Permitiendo la existencia de un significado convencional como propiedad de ciertas expresiones lingüísticas (incluso significado convencional implícito, como en el caso de la implicatura convencional; véase la sección 1.1.3), Grice se concentró principalmente en los tipos de significado no-natural que vio como dependientes del enunciador más que en la estructura de las palabras u oraciones. En la subsiguiente tradición de investigación en pragmática, en la que domina la mayoría de investigación sobre significado implícito, toda la investigación ortodoxa en actos de habla, hasta los recientes intentos coherentes de llegar a un acuerdo con el uso del lenguaje (como en Clark, 1996), el significado dependía completamente de las intenciones (incluso cuando se da un estatus central a nociones como «acción conjunta» como hace Clark). Esto era una consecuencia directa de la definición de Grice del significado del hablante como *la intención del hablante en el momento de emitir un enunciado de producir un efecto en el oyente por medio del reconocimiento del oyente de la intención de producir ese efecto*. La comunicación exitosa, o la transferencia exitosa de significados, es vista como un proceso por el cual se logra un estado de conocimiento mutuo de una intención comunicativa, con la ayuda de principios de cooperación (intencionalmente aplicados).

Debemos aclarar los movimientos conceptuales que intervienen. Introduciendo el significado del enunciador, parecía que «se eliminaba» el significado del lenguaje aunque el lenguaje era visto todavía como el portador. Sin duda, éste fue uno de los mayores pasos en el desarrollo de la pragmática lingüística. Después de todo, para aplicar la definición de pragmática de Morris, lingüistas y filósofos empeza-

ron a trabajar con la relación entre los signos y sus usuarios. Sin embargo, al mismo tiempo, hasta el punto en que se permitió a la realidad extralingüística entrar en la discusión del significado, el único locus del significado se situó claramente en la cognición individual —a pesar del reconocimiento normal explícito de la sociedad y la cultura.

Una de las más claras expresiones de la dependencia del significado de las intenciones del hablante se encuentra en la versión estándar de la teoría de los actos de habla. La idea original de Austin de que hablar es un tipo de acción se canalizó gradualmente hacia un énfasis casi completo en un ingrediente del comportamiento lingüístico: un estado mental de uno de los actores, haciendo de la interpretación el mero reconocimiento de este estado mental por el otro actor (o actores). Por esta razón la atención sistemática a las «perlocuciones», o los efectos de los actos de habla, no es evidente. También por esta razón algunos aspectos de las prácticas sociales, que supuestamente equilibran la teoría basada en la intención, se veían como circunstanciales e incorporados sólo bajo el disfraz de condiciones *preparatorias* de los actos de habla.

Éste es difícilmente el lugar para entrar en una completa discusión técnica de los temas que entran en juego. No estaría justificado rebajar el papel que *también* juegan las intenciones. Un correlato filosófico importante de la intencionalidad es la direccionalidad. Dirigirse a ciertos objetivos es sin duda un aspecto de lo que pasa en el uso del lenguaje (véanse las secciones 3.2.2 y 6.2.2). Pero sería igualmente poco apropiado afirmar que todos los tipos de significados comunicados son directamente dependientes de una intención individual definible por parte del enunciador. Tal afirmación sería obviamente falsa. Consideremos el caso de un ministro que debe renunciar después de hacer un estúpido comentario que se tomó como ofensivo, aunque mucha gente estaría de acuerdo en que no tenía una intención ofensiva. O, a un nivel más trivial, véase el intercambio en (16).

- (16) 1. Dan: Como es un gusano de seda gigante.
2. Debby: ¡Aggg! ¡Qué idea más desagradable!

La metáfora inocente de Dan puede tener la única intención de querer decir que Como produce una gran cantidad de seda. Pero eso no evita que Debby active un significado potencial que no era en absoluto intencionado. Haciendo esto (16)1. realmente *adquiere* el significado al que Debby reacciona. En otras palabras, (16)1. no *tiene* simplemente un significado una vez es enunciado (lo que sería el caso si el significado fuera determinado por la intención). Diferentes significados pueden seguirse uno a otro en una sucesión dinámica. Dada la indeterminación del significado en general, que de ningún modo está restringida a la metáfora y otros portadores de significado implícito, ésta no es una observación trivial sino que toca el punto central de lo que realmente pasa en la generación de significado por medio del uso del lenguaje. (Nótese que esta observación contiene una de las razones para optar por «generación de significado» en lugar de «construcción de significado» como término abarcador para designar el objetivo central de una teoría pragmática; véase la sección 0.4). En otras palabras, existe la necesidad de *un retorno pragmático al significado en su complejidad completa*, que tenga en cuenta la interacción de fuerzas de la producción y de la interpretación del lenguaje, y que haga justicia al papel central del significado en la realidad humana, ya sea cognitiva, social o cultural. Ésta es la perspectiva que tomamos en este libro.

Este cambio teórico, que separa el significado del lenguaje más de lo que lo hizo Grice al reconocer el papel de fenómenos cruciales tradicionalmente etiquetados como «no-lingüísticos» o capturados en términos como «contexto», no está libre de riesgo. En particular, podría levantar una interminable especulación sobre el significado. Consiguientemente, para que esta postura lleve a una erudición productiva, el cambio teórico necesita equilibrarse con una reincorporación metodológica del significado al lenguaje de tal manera que se convierta en un objeto de investigación tan empírico como sea posible a pesar de la naturaleza intangible de muchas de sus fuerzas constituyentes. Éste es el reto básico al que se enfrenta este libro. (Los prime-

ros ejemplos completos de cómo funciona este movimiento doble se encuentran en la sección 5.4.)

1.4 GÉNEROS DEL USO DEL LENGUAJE

Se deben hacer algunas observaciones sobre el uso del lenguaje como objeto de estudio de la pragmática. El lenguaje no es una entidad monolítica, ni es el uso del lenguaje un fenómeno unificado. Hay que trazar distinciones importantes entre las diferentes manifestaciones del lenguaje en uso. Esta idea puede haber sido captada mejor, a su nivel más general, por la teoría de los géneros de Bajtin. Según esta teoría, cada esfera de la actividad humana y por tanto cada esfera de la comunicación (desde un *tête à tête* íntimo hasta un campo de batalla) muestra conexiones esenciales con una amplia gama de tipos de enunciados (que pueden ir desde simples turnos en una conversación a un grueso libro, algunos de los cuales son por tanto primarios o simples mientras otros son secundarios o complejos), que son relativamente estables en términos de contenido temático, estilo lingüístico y estructura composicional. Estos se denominan géneros del habla.

Tradicionalmente la pragmática se ha concentrado principalmente en cuatro tipos de unidades que podrían reunirse bajo esta etiqueta: un número significativo de tipos de actos de habla (pero privados en gran manera de su fijación en esferas de la actividad humana al concentrarse en una supuesta universalidad), conversaciones de diversa naturaleza (donde se ha prestado más atención a la estructura composicional que al estilo lingüístico o al contenido temático), algunos tipos de acontecimientos de habla no conversacionales (normalmente prestando atención debida al contexto institucional) y ciertos tipos de textos (donde han tendido a dominar ya el contenido, o el estilo lingüístico o la estructura). Hasta ahora, no se ha propuesto ninguna teoría pragmática que combine todo esto. Sin hablar de que el abanico sería ampliado para parecerse más a lo que Bajtin podía haber tenido en men-

te. Contrariamente, lo que hay es una clara tendencia a restringir el tema de investigación. Una de las maneras predilectas de hacer esto es afirmar un estatus primordial para la conversación, por ejemplo. Aunque en algún sentido la conversación sea primordial (la gente hablaba antes de empezar a escribir y los niños aprenden primero la lengua a través de la interacción cara a cara), sería un error dejar que este hecho dicte la gama de fenómenos de uso del lenguaje que incluimos en el ámbito de la pragmática. Sería un error aún peor mantener el mito de que, en el fondo, toda la comunicación puede medirse en términos de desviación o correspondencia con parámetros que operan en la conversación. Por esta razón empezamos este capítulo con dos ejemplos muy distintos, uno conversacional y el otro tomado de un texto publicado. Demos un vistazo a este último otra vez:

(2) 1996 será un año de prosperidad y paz.

Imaginemos que a fines de 1995, el lector hubiera dicho (2) para introducir un nuevo tema en una conversación durante una cena. Probablemente no le hubieran tomado en serio. No obstante, en el contexto del que fue sacado, (2) era muy serio y pudo publicarse como primera línea de una introducción editorial a una publicación muy respetada. En el fondo, no hay nada misterioso en esta diferencia. Esperamos mostrar que puede ser explicada adecuadamente. En este punto, lo significativo es simplemente que diferentes géneros operan bajo diferentes restricciones y que, por ejemplo, lo que ocurre con ciertos géneros escritos no es derivado de lo que ocurre en una conversación informal.

En el resto de este libro, se necesitarán algunos términos para hablar sobre amplias categorías de tipos de uso del lenguaje. **Discurso** se usará para designar cualquier variedad oral o escrita del uso del lenguaje. A diferencia de algunas tradiciones, **texto** se restringirá a tipos de discurso escritos. **Conversación** será usado para cualquier forma de discurso oral que incluya a más de un hablante, sin importar que el escenario sea informal o estrictamente institucional. La mayoría de los otros términos que van a ser usados se referirán a ejemplos

concretos que representan subtipos de alguno de los anteriores, y serán definidos a medida que avancemos, en la medida en que la definición sea necesaria.

1.5 RESUMEN Y LECTURAS RECOMENDADAS

Hemos revisado cuatro áreas tradicionales de la investigación pragmática:

- *Deixis*, el anclaje del uso del lenguaje en el mundo real que señala alguna de sus dimensiones, en un tiempo, espacio, sociedad y discurso particulares.
- *Actos de habla*, las «cosas que uno hace con las palabras» en el nivel estructural de la oración.
- *Significado implícito*, lo que puede ser significado o comunicado más allá de lo que es explícitamente o literalmente dicho, por medio de presuposiciones, implicaciones e implicaturas.
- *Conversación*, la interacción lingüística entre dos o más personas como acción social coordinada y colaborativa.

Se han sostenido los siguientes argumentos:

- Que estas áreas tradicionales tienen más intereses en común de lo que parecería a primera vista.
- Y que, como consecuencia, mantenerlas por separado y usarlas como puntos centrales para la organización de un nuevo libro sobre pragmática no sería una decisión productiva. Al mismo tiempo que se ilustraban las interconexiones entre las cuatro áreas mencionadas, se introdujeron brevemente dos campos adicionales de investigación:

1. *Cortesía*, las estrategias empleadas por los usuarios del lenguaje para proteger su imagen y la de su destinatario.

2. *Argumentación*, la estructuración global del discurso para alcanzar objetivos comunicativos específicos.

En una posterior preparación para una aproximación más coherente y sistemática a la pragmática:

- Se clarificó *el estatus del significado* como el producto de fuerzas que interactúan en la producción e interpretación del lenguaje, ubicadas firmemente en un mundo cognitivo, social y cultural.
- Se (re)introdujeron algunos de los términos básicos para hablar de ejemplos de uso del lenguaje: *géneros del lenguaje, discurso, texto y conversación*.

Se recomiendan las siguientes lecturas. En la mayoría de los temas tratados en este capítulo, Levinson (1983) es todavía la fuente de información más exhaustiva en un volumen. Sobre deíxis: Fillmore (1975a), Irvine (1995), Nunberg (1993) y, desde un punto de vista explícitamente interdisciplinario, Watson (1987). Sobre actos de habla: Austin (1962), Sbisà (1995a, 1995b), Searle (1969, 1975a, 1975b), Verschueren (1983a, 1983b y el primer capítulo de 1985a). Sobre significado implícito de distintos tipos: Blakemore (1992), Fillmore (1971a, 1971b), Gazdar (1979), Grice (1975, 1978, 1979, 1981), Horn (1984), Karittunen (1974), Lakoff (1973, 1995a, 1995b), Leech (1983), Östman (1986), Stalnaker (1974), Sperber y Wilson (1986), Wilson y Sperber (1986). Sobre conversación: Atkinson y Heritage (1984), Goodwin (1993), Gumperz (1982), Kerbrat-Orecchioni (1997), Roulet *et al.* (1985), Sacks (1992), Sacks, Schegloff y Jefferson (1974), Searle *et al.* (1992). Sobre cortesía: Brown y Levinson (1987), Eelen (1998), Kienpointner (1997). Sobre argumentación: Ducrot (1980 y en inglés 1996), Eemeren y Grootendorst (1992, 1995) y, desde un punto de vista fuertemente interaccional, Coulter (1990). Sobre el problema de la intencionalidad: Dubois (1987), Durantí (1988), Grice (1957, 1968), Rosaldo (1982), Searle

(1983, 1992), Stroud (1992), Verschueren (1995b). Sobre géneros de uso del lenguaje o tipos de discurso: Bajtin (1986), Dittmar (1995), Gregory y Carroll (1978), Heinemann y Viehweger (1991), Holdcroft (1979).

1.6 TEMAS DE INVESTIGACIÓN

1. A mediados de 1996, un año antes de que Hong Kong se integrara a la República Popular China, se celebró una conferencia en Hong Kong para evaluar los cambios lingüísticos que podían acompañar al cambio político. Se publicaron presentaciones y debates de esa conferencia en *Current Issues in Language and Society* (3, 2, 1996; «One country, two systems, three languages» [Un país, dos sistemas, tres lenguas], editado por Sue Wright). Lo que sigue es una transcripción publicada del turno que abrió uno de los debates:

Benjamin T'sou (City University of Hong Kong): Creo que esta idea de que el contacto fronterizo implica que podría haber un aumento en el uso del mandarín es cuestionable. Usted mencionó vacaciones en su trabajo y habló de matrimonios mixtos, entre personas de diferentes lados de la frontera, en su presentación. Mi impresión es que el matrimonio mixto es normalmente entre partes que hablan el mismo dialecto. En la frontera de este lado es, por supuesto, cantonés. No puedo imaginar un hablante cuya lengua materna sea cantonés pretendiendo casarse con alguien que hablara sólo mandarín. Las negociaciones iniciales de la relación serían demasiado difíciles. Por eso lo que estamos tratando aquí es más probablemente el caso de un hablante bilingüe mandarín-cantonés que se casa con un hablante monolingüe de mandarín o cantonés. Pienso que el efecto de cambio lingüístico no es tan significativo como usted sugiere: la capacidad del lenguaje ya estaba allí (pág.152).

Comente este texto en términos de deíxis, actos de habla y significado implícito.

2. Comente el mensaje de la Ilustración 1.3 en términos de actos de habla y trate de los aspectos de su significado de los que no se puede ocupar la teoría de los actos de habla (en la forma rudimentaria en que se ha presentado en este capítulo).

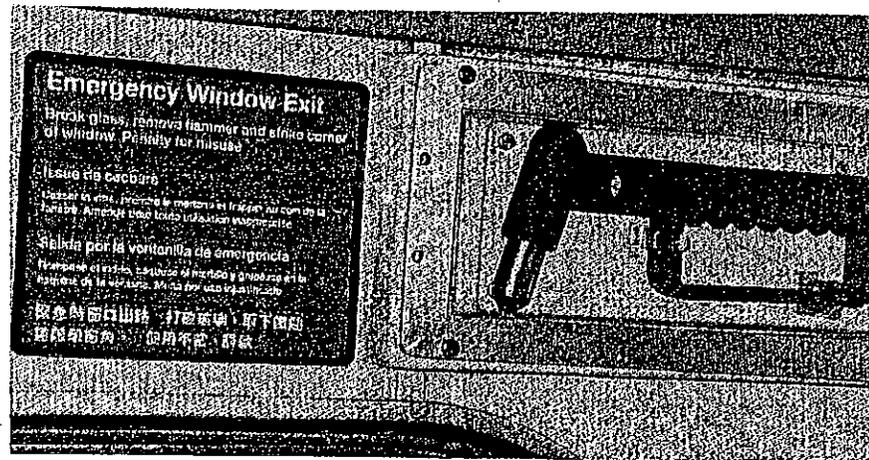


Ilustración 1.3 Salida de emergencia

3. El mensaje en Ilustración 1.4 es tan explícito como lo puede ser un enunciado. ¿Qué deja implícito?

4. Poco después de que comandos israelíes hubieran rescatado a los pasajeros judíos del vuelo de Air France 139 (de Tel Aviv a París), que habían sido secuestrados por miembros del FPLP (Frente Popular para la Liberación de Palestina) en el aeropuerto de Entebbe (Uganda), en la media noche del 3 al 4 de julio de 1976, tuvo lugar la siguiente conversación telefónica entre el coronel israelí Baruch Bar-Lev y el presidente de Uganda Idi Amin Dada quien, supues-

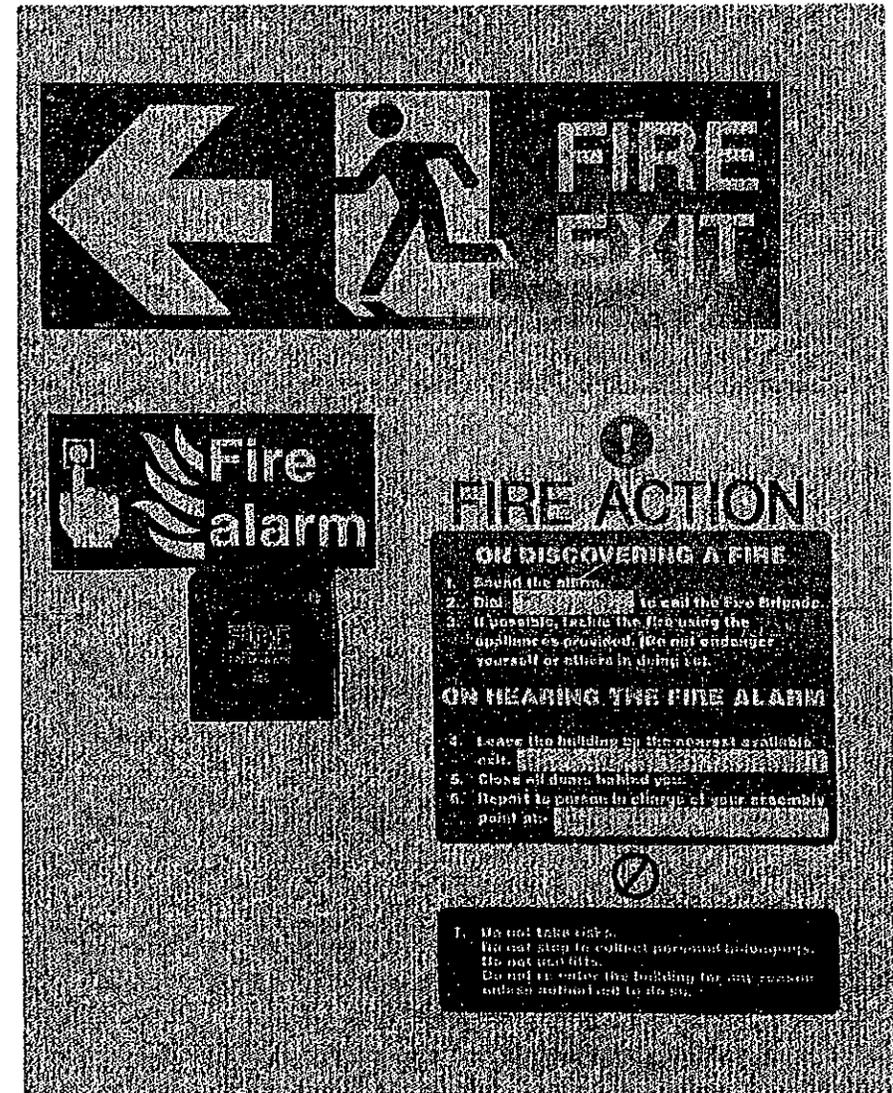


Ilustración 1.4 Instrucciones en caso de incendio.

tamente, había colaborado con los secuestradores y que, en ese momento, no sabía todavía lo que había ocurrido en el aeropuerto:

Bar-Lev: Señor, quiero darle las gracias por su cooperación y quiero agradecerse mucho.

Amin: Sabe que no he tenido éxito.

Bar-Lev: Muchas gracias por su cooperación. ¿Qué? ¿La colaboración no tuvo éxito? ¿Por qué?

Amin: ¿He hecho yo algo?

Bar-Lev: Hice exactamente lo que usted quería.

Amin: ¿Qu-Qu- Qué pasó?

Bar-Lev: ¿Qué pasó?

Amin: ¿Sí?

Bar-Lev: No sé.

Amin: ¿No puede decírmelo?

Bar-Lev: No. No sé. Me han pedido que le agradeciera su cooperación.

Amin: ¿Me puede decir algo sobre la sugerencia que ha mencionado?

Bar-Lev: Un amigo con buenas conexiones en el gobierno me ha pedido que le dé las gracias por su cooperación. No sé qué quería decir con eso pero creo que usted sí lo sabe.

Amin: No lo sé porque acabo de regresar apresuradamente de Mauricio.

Bar-Lev: Ah...

Amin: ... Para resolver el problema antes de que expire el ultimátum mañana por la mañana.

Bar-Lev: Entiendo perfectamente señor... Gracias por su cooperación. Quizás lo llame mañana por la mañana. ¿Quiere que lo llame otra vez mañana por la mañana?

Amin: Sí.

Bar-Lev: Muy bien, gracias señor. Adiós.

(De: Stevenson, William, 1976, *90 minutes at Entebbe*, Nueva York, Bantam Books, pág. 215-216.)

Describa lo que ocurre en esta conversación.

2

NOCIONES CLAVE

La pregunta que estamos intentando contestar en este libro es atrevida e impertinente. Lo que queremos comprender es el funcionamiento del lenguaje en toda su complejidad. En última instancia esto equivale a intentar comprender en qué y cómo el lenguaje contribuye a la vida y a la supervivencia al nivel de la raza humana, de comunidades más grandes y más pequeñas y de individuos y de situaciones. Pero formulemos algunas preguntas prácticas que son más fáciles de responder. Intentemos lo siguiente. ¿Qué hace la gente cuando usa el lenguaje? o ¿Qué se hace mediante el lenguaje? o ¿Qué le ocurre a la gente cuando usa el lenguaje? Aunque la intención sea aprehender la complejidad, eso no significa que no podamos reducir esa complejidad a un intento de formular respuestas paso a paso. En honor a la verdad, empezaremos por una respuesta extremadamente trivial a la pregunta de qué hace la gente cuando usa el lenguaje. A partir de esta respuesta trivial deduciremos algunos conceptos clave que nos dejarán aproximar a una comprensión de lo que pasa en el uso del lenguaje. Uno de esos conceptos nos proporcionará diferentes ángulos desde los que mirar el comportamiento lingüístico, de manera que, combinados, nos proporcionarán un marco conceptual para estudiar cualquier fenómeno lingüístico desde una perspectiva pragmática

(Capítulos 3 a 6), y pautas para la construcción de metodologías específicas para los diferentes temas (Capítulos 6 a 7).

Después de introducir algunos temas comunes en pragmática, ampliamente ilustrados, este capítulo es necesariamente teórico. Forma la base primaria para el entendimiento de por qué la pragmática es interesante y sienta las bases para el resto (y por tanto la mayor parte) de este libro. Voy a esforzarme al máximo para hacerlo lo más corto que pueda.

2.1. HACER ELECCIONES

Aunque se puedan decir otras muchas cosas —y aquí está la respuesta trivial a nuestra pregunta general—, el uso del lenguaje debe consistir en la *continua elección lingüística*, consciente o inconsciente, por razones internas (p. ej. estructurales) y/o externas al lenguaje. Estas elecciones pueden situarse a cualquier nivel de la forma lingüística: fonética/fonológica, morfológica, sintáctica, léxica o semántica, y pueden cubrir opciones debidas a variedades internas, o pueden suponer tipos de variación distribuidos regional, social o funcionalmente. Se necesita una teoría del uso del lenguaje que debería, por tanto, ser capaz de dar sentido a estas «elecciones». Son necesarias unas aclaraciones preliminares para clarificar lo que ya está en este párrafo, otras para evitar malentendidos futuros.

En primer lugar, las elecciones se hacen a *cualquier nivel posible de la estructura*. Para empezar, debe elegirse una de las 6.000 lenguas o una forma combinada, o debe hacerse una nueva elección con cada nueva palabra o frase. Aunque esta observación puede ser trivial, las elecciones en cuestión nunca lo son. Pueden tener efectos muy pequeños en la interpretación o graves consecuencias políticas. Además, se ha de seleccionar un género y se han de construir oraciones, por lo que se han de hacer elecciones de palabras y formas gramaticales. Al hablar se seleccionan y se producen patrones de entonación y se for-

man palabras dentro de un amplio abanico de opciones fonológicas y/o fonéticas. Estas elecciones, por supuesto, no tienen un orden lineal comparable al modo en que se están listando en este párrafo. Por ejemplo, la asignación del género apropiado puede ser necesaria antes de que se haga una elección de lengua, o las restricciones de elecciones fonéticas o fonológicas específicas de una ocasión (p. ej. dependiendo de quiénes son algunos de los oyentes) pueden poner limitaciones a la accesibilidad de ciertos géneros. Muy a menudo la elección a diferentes niveles es simultánea.

En segundo lugar, los hablantes no sólo seleccionan formas, seleccionan también *estrategias*. Puede ser más acertado volver a formular el primer tema diciendo, en vez de que las elecciones están hechas *desde* cualquier nivel posible de la estructura, que las elecciones están hechas de modo que incluyan cualquier nivel posible de la estructura *dentro de su ámbito*. Seleccionar una estrategia de deferencia, por ejemplo, puede requerir que se hagan elecciones específicas dentro de una gran gama de niveles estructurales, como el lenguaje, el estilo, las formas de dirigirse a otras personas, el léxico en general, etcétera.

En tercer lugar, el término «elecciones» puede ser confuso en el sentido de que puede sugerir invariablemente un acto consciente. Los procesos de los que estamos hablando, sin embargo, pueden mostrar *cualquier grado de consciencia*. Algunas elecciones se hacen muy conscientemente, como cuando un reconocido antimonárquico grita *¡Viva la República!* en vez de *¡Viva el rey!* en la coronación del rey de Bélgica (siendo consciente de algunos de los riesgos), o completamente automáticas como cuando un hablante nativo de inglés añade la sibilante *s* al verbo ladrar *bark* en *This dog barks too much* (un acto que puede volverse muy consciente para un estudiante de inglés). Hay que tener en cuenta que incluso las características lingüísticas que normalmente se consideran como meramente «gramaticales», como la concordancia de sujeto y verbo, están incluidas en el ámbito de los procesos a los que nos hemos referido como elecciones. Esto resulta

directamente del enfoque de la pragmática como perspectiva presentado en la introducción de este libro.

En cuarto lugar, las elecciones se hacen *en la producción y en la interpretación* de un enunciado y ambos tipos de elección son de igual importancia para el flujo comunicativo y para el modo en que se genera el significado. Si recordamos lo expuesto en la sección 1.3, esta observación es probablemente la razón principal para no permitir un énfasis exclusivo en la intencionalidad del emisor del enunciado en el estudio del uso del lenguaje.

En quinto lugar, un usuario del lenguaje no tiene libertad de elegir entre seleccionar o no hacerlo, excepto al nivel en que puede decidir entre usar el lenguaje o permanecer en silencio (siendo la segunda opción tan significativa como la primera en determinadas circunstancias). Una vez que el lenguaje se usa, quien lo hace está *bajo la obligación de hacer elecciones*, sin importar si el abanico de posibilidades puede satisfacer las necesidades comunicativas del momento o no. Por esta razón los científicos, por ejemplo, crean continuamente nuevas terminologías. Sin embargo, ellos tienen la ventaja de poder estar mucho tiempo considerando las opciones disponibles y decidir si son satisfactorias y si no se puede crear una nueva opción, y, además, pueden explicar todo el proceso. La comunicación de cada día simplemente se detendría si los usuarios regulares del lenguaje fuesen tan selectivos en sus elecciones. Siempre tenemos que quedarnos con la aproximación que viene a la mente como la más cercana a lo que necesitamos: una formulación que ilustra su propio propósito porque conlleva el riesgo de que se preste demasiada atención a los niveles conscientes de elección y la intencionalidad. En otras palabras, siempre hay serios riesgos en el uso del lenguaje.

En sexto lugar, como regla, *las elecciones no son equivalentes*. Esto ha sido ilustrado hasta ahora con el fenómeno de organización de la preferencia tal como lo usa el análisis de la conversación (ver la sección 1.1.4). Técnicamente, una oferta puede responderse tanto con una aceptación como con un rechazo. La aceptación es, sin embargo, la opción preferente, por lo que es necesario atenuar los rechazos.

Otro modo de hablar sobre este tipo de fenómeno tradicional en lingüística es la distinción entre la opción *marcada* y la *no marcada*. Usando esta terminología, la respuesta preferida a una oferta, p. ej. la aceptación, es la opción no marcada, mientras que el rechazo sería la marcada; del mismo modo que en inglés *How tall is he?*¹ es la opción no marcada para preguntar la altura de un hombre en la dimensión vertical, y *How short is he?*² sería la opción marcada, proporcionando una base para la inferencia de que «él» está por regla general en el extremo más corto de la escala corto-largo. Hay que considerar, sin embargo, que la ausencia de marca no debe confundirse con la *neutralidad* en el sentido general del término. Hubo un tiempo en que el pronombre personal *él* en el par *él-ella* se veía como no marcado y pudo usarse genéricamente para referirse a cualquier ser humano. Esto no significa que ni siquiera entonces hubiera algo de «neutral» en la elección. De manera clara, había una correlación con los patrones de dominio social, lo que explica por qué, bajo la influencia de los cambios sociales en marcha, el *él* genérico se ha vuelto inaceptable en muchas partes del mundo angloparlante, volviéndose, por tanto, una opción marcada.

Finalmente, *las elecciones evocan o llevan consigo sus alternativas*. En otras palabras, cualquier elección de forma, motivada por su ubicación en la dimensión del significado, no sólo designa esa ubicación específica sino que evoca además toda la dimensión completa. Por esta razón la elección de tiempos verbales en inglés lleva consigo casi inevitablemente la dimensión de tiempo en la representación de una acción o acontecimiento (por la disponibilidad de una referencia gramaticalizada al pasado, presente y futuro). En el campo de las elecciones léxicas, es fácil demostrar que los efectos comunicativos

¹ En español la traducción literal sería: *¿Cuánto mide de alto? o ¿Cuánto es de alto?* [Nota de las tt.]

² *¿Cuánto mide de bajo? ¿Cuánto es de bajo?* sería la traducción literal correspondiente en este caso [Nota de las tt.]

están a menudo señalados tanto con la no elección de una opción disponible como con la elección hecha en ese momento. Consideremos una empleada que ha estado recibiendo mensajes obscenos, sabe de quién provienen y se va a quejar al gerente. Si el gerente le dice *Su comportamiento es sin lugar a dudas cuestionable*, el término *cuestionable* es absolutamente inapropiado. Todavía existe la posibilidad de que la empleada reaccione, o al menos le gustaría reaccionar con algo como *¡Y por qué no inaceptable, o incluso mejor atroz!* Estos procesos son más claros cuando se confrontan explícitamente las opciones posibles. Pero todas están siempre en funcionamiento. A un nivel más bajo de complejidad conceptual, donde se debe elegir entre conjuntos contrastivos relativamente simples, funciona el mismo principio. Así pues, *venir* evoca el contraste *venir-ir* por la misma razón que *comprar* evoca el contraste *comprar-vender* (y complementariedad); ninguno de ellos podría entenderse por completo sin su fundamental conexión con el otro —que permanece intacta a lo largo del proceso de elección (aunque uno puede, por supuesto, manipularlo de distintas maneras). Esta propiedad del proceso de elección lingüística es una de las razones por las que dijimos al final de la sección 1.1.4 que, para entender el uso del lenguaje, las explicaciones deben ser contrastivas hasta el punto de que podamos hablar tanto de lo que es posible como de lo que es observado.

Con estas notas preliminares en mente, deberíamos avanzar ahora en la noción de «hacer elecciones», paliando así su papel trivial en la respuesta a la pregunta de qué es lo que la gente hace cuando usa el lenguaje.

2.2 VARIABILIDAD, NEGOCIABILIDAD Y ADAPTABILIDAD

Parece que al menos se necesitan tres conceptos clave relacionados jerárquicamente para comprender el proceso de la «elección» como la descripción básica del uso del lenguaje. Éstos son la variabi-

lidad, la negociabilidad y la adaptabilidad. Vamos a intentar definirlos brevemente.

La **variabilidad** es la *propiedad del lenguaje que define la gama de posibilidades dentro de las cuales se puede seleccionar*. Hace más de dos décadas Hymes dijo que «en el estudio del lenguaje como modo de acción, la variación es una pista y una clave» (1974, pág. 75). Esta frase evoca rápidamente lo que se conoce tradicionalmente como «variedades del lenguaje», ya sean definidas geográfica, social o funcionalmente. Considerando nuestra perspectiva pragmática en el uso del lenguaje o acción verbal, la frase sigue siendo cierta tras generalizar la noción de variabilidad a toda la gama de opciones de variables (incluidas las que son, estrictamente hablando, internas a la «variedad») que debemos suponer accesibles a los usuarios del lenguaje para que ellos puedan «hacer elecciones». La empleada acosada sexualmente no se habría molestado por el *Su comportamiento es sin lugar a dudas cuestionable* de su gerente si no hubiera tenido acceso a un campo más amplio de opciones para describir de manera más adecuada «su comportamiento» (algunas de las cuales son más adecuadas a su respuesta emocional y a su percepción de cómo debe ser la política corporativa en relación con la protección de su integridad) y si ella no hubiera dado por supuesto que el gerente tenía el mismo acceso. Cualquier cambio en esta constelación, teniendo en cuenta que estamos *realmente* hablando de variabilidad, podría haber hecho que la empleada adaptara sus opciones interpretativas y su reacción posterior. Por ejemplo, si hubiera sabido que el gerente no tenía acceso a la misma gama de opciones por un conocimiento incipiente de la lengua, quizá se habría quedado satisfecha con la forma en que éste enunció el veredicto. Una satisfacción similar podría haber resultado del conocimiento de que la política empresarial prohíbe palabras como *inaceptable* o *atroz* en el vocabulario de los gerentes, lo que pondría, por tanto, límites reales a las opciones posibles. La noción de variabilidad debe tomarse tan en serio que la gama de opciones posibles no se puede ver como algo estático o estable. No es una noción fija, al contrario, está en continuo cambio. Además, sería un error colocar

este elemento de «cambio» exclusivamente en una amplia dimensión diacrónica. En cualquier momento en el transcurso de la interacción, una elección puede descartar alternativas o crear otras nuevas para los posibles propósitos del intercambio, aunque estos efectos pueden ser siempre renegociados, lo que nos lleva al segundo concepto clave.

La **negociabilidad** es la propiedad del lenguaje responsable del hecho de que las elecciones no se hagan mecánicamente o según unas reglas estrictas o unas relaciones de forma-función fijas, sino basadas en principios y estrategias altamente flexibles. No hay por tanto ninguna regla que nos diga cuándo seleccionar *Estoy razonablemente satisfecha* sobre *No estoy insatisfecha*, ya que representan dos formas lógicas diferentes de expresión para un estado de ánimo comparable; no obstante, hay un principio (manipulable) que dice que la forma con la doble negación, incluso si descarta la negación, está más abajo en el extremo negativo de la escala positivo-negativo que el enunciado que evita la negación por completo. En lingüística existe una gran tradición de contrastar estructuras diferentes y relacionarlas en una escala de gramaticalidad y/o aceptabilidad, señalando los casos que son claramente agramaticales o inaceptables con un asterisco. Sin embargo, la negociabilidad es tan fuerte que la pragmática no se presta a este enfoque del asterisco. Aunque tiene sentido que la pragmática mire a lo posible y a lo real para aprender sobre los principios del uso del lenguaje, es inútil que busque los límites de lo que es posible, p. ej. lo imposible que (si se encontrara, convertiría a los principios y estrategias en reglas reales) es inútil. Recordemos el clásico ejemplo de Russell de un enunciado imposible o sin significado: **Lo cuatripartido bebe dilación*, que pronto se usó para referirse a las reuniones de las cuatro potencias después de la Segunda Guerra Mundial, que no dieron los resultados deseados ni a la velocidad deseada. Incluso la igualmente clásica de Chomsky *Las ideas verdes incoloras duermen profundamente* podría usarse si fuese necesario: obsérvese lo que hace Meredith Quatermain en poesía:

Air	Aire
Horse lips	labios de caballo
Breath	aliento
Hair	pelo
On flat-palmed apple	en manzana de palma plana
(From <i>Terms of sale</i> , Buffalo: Meow Press, 1996)	(De <i>Terms of a sale</i> , Búfalo, Meow Press, 1996)

Según todos los propósitos y principios prácticos, éste es un enunciado real en inglés. Incluso teniendo en cuenta que el trabajo de los poetas es romper las reglas del lenguaje o aumentar su potencial, no por eso su poesía deja de ser parte del lenguaje que usan. Dejar esto a un lado como demasiado excepcional para ser relevante sería como ponerse una venda en los ojos que evitaría que viésemos los aspectos importantes de las funciones del lenguaje más mundanas.

La negociabilidad también implica una *indeterminación* de varios tipos. En primer lugar hay una indeterminación en la elección por parte del productor del lenguaje. Como se indicó en la sección 2.1., los usuarios del lenguaje operan bajo la restricción de tener que tomar decisiones, se correspondan éstas o no con sus necesidades. Así, el gerente imaginario en el caso de acoso sexual, actuando según directrices empresariales igualmente imaginarias que prohíben el uso de *inacceptable* o *atroz* en el vocabulario de los gerentes, puede sentirse frustrado por tener que elegir *cuestionable* o un término semejante que no agote el significado que quiere expresar, pero se ha de decir algo, incluso si no hay manera de hacer una buena elección. Para ilustrar este punto los ejemplos imaginarios son particularmente útiles porque nos permiten manipular las restricciones de un modo en que se vuelven muy visibles. En el uso cotidiano las elecciones que hacemos provienen de un conjunto de opciones tan convencional y habitual que apenas nos damos cuenta de que estamos restringidos por ese conjunto y que podrían crearse otras posibilidades que, en su momento, empezarían a imponer nuevas restricciones. Por otro lado, seleccionar opciones que no parecen muy apropiadas a los propósitos

actuales puede, en última instancia, extender el uso y significado de las formas seleccionadas. Ésta es una de las dificultades del uso del lenguaje comparable con la imposibilidad de ser completamente explícito, lo que puede, por tanto, ser explotado creativamente.

En segundo lugar, hay también indeterminación de elección por parte del intérprete. Recuérdese, a este respecto, lo que se dijo de las propiedades de la implicatura conversacional (en la sección 1.1.3). Esta observación, sin embargo, se extiende más allá del dominio de la implicatura. Todo lo que se diga puede interpretarse de muchas maneras, siendo una de las razones (como se indicó en la sección 2.1) que las elecciones no excluyen necesariamente sus alternativas del mundo de la interpretación.

En tercer lugar, interviene la indeterminación también porque las elecciones, una vez hechas, ya sea en el lado de la producción o de la interpretación, pueden ser continuamente renegociadas. Aquí estamos tocando una dinámica fundamental del uso del lenguaje que esperamos ilustrar en el resto de este libro (el Capítulo 5 está dedicado a ello completamente).

Si usar el lenguaje consiste en la continua elección lingüística dentro de una gama de posibilidades variables amplia e inestable, elección no regida por reglas, sino dirigida por principios y estrategias altamente flexibles y permanentemente negociables, es más que lógico preguntar cómo es todavía posible que se use el lenguaje para propósitos comunicativos de manera satisfactoria. Es aquí donde nuestra tercera noción clave, la adaptabilidad, entra en juego. No es una explicación, sino una propiedad que debemos suponer que tiene el lenguaje, para ser capaces de entender que puede conseguirse un cierto grado de éxito con la comunicación verbal. Antes de entrar en esto con más detalle, hay que señalar que no hay razón para elogiar los poderes del lenguaje. Las propiedades del uso del lenguaje a las que hemos prestado atención hasta ahora llevan consigo la garantía de dificultades comunicativas y fracaso. Deberíamos darnos cuenta de que el éxito comunicativo, excepto en algunas áreas puramente prácticas (o esferas de la actividad humana, tomando prestado el término

de Bajtin) es siempre extremadamente relativo y nunca se debe dar por sentado.

La **adaptabilidad** es la propiedad del lenguaje que capacita a los seres humanos a hacer elecciones lingüísticas dentro de una gama de posibilidades variable de modo que se acerquen a la satisfacción de sus necesidades comunicativas. Esta definición pide inmediatamente que se hagan unas advertencias. En primer lugar, la referencia a las «necesidades comunicativas» no implica que las necesidades a las que sirve el uso del lenguaje tengan que ser todas «comunicativas» en el estricto sentido de la palabra. Aunque tomamos la postura de que casi todo el uso del lenguaje es en cierto sentido comunicativo (incluso si sólo implica a una persona), no queremos hacer de esto una cuestión de fe de lo que debe depender todo lo que sigue; tenemos en cuenta también formas de usar el lenguaje que al menos están próximas a ser puramente expresivas, sin ningún propósito o efecto comunicativo. En segundo lugar la frase «necesidades comunicativas» puede sonar como si quisiera referirse a necesidades que son de cierto modo «generales». Deberíamos enfatizar, por tanto, que las «necesidades» en cuestión se generan en su mayoría en contexto y pueden, por tanto, ser bastante específicas. En tercer lugar, observemos que a la «satisfacción» en la definición de arriba hay solamente un acercamiento, ya que puede ocurrir en distintos grados. Ese término, por otra parte, no debería ser interpretado como una exclusión de la posibilidad, ya ofrecida claramente antes, de un serio fracaso comunicativo ni de la incidencia de circunstancias bajo las cuales hay una necesidad de no comunicación o incluso de mala comunicación.

Finalmente, la adaptabilidad *no debería ser interpretada unidireccionalmente*. El término por sí mismo puede guiar a una versión simplificada de que las elecciones de la lengua se hacen según circunstancias preexistentes. Eso también interviene, pero aquí no acaba todo. El otro lado de la moneda es que las elecciones hechas cambian las circunstancias, o se adaptan a ellas. Consideremos, por ejemplo, los sistemas de cortesía que están creados por relaciones sociales y que, al mismo tiempo, crean estas relaciones. La elección de un sis-

tema de cortesía solidaria (*tú*, nombre de pila, etc.) frente a un sistema de cortesía deferente (*usted*, apellido, título, etc.) está típicamente basada en la cercanía entre los interlocutores. Cuando esta cercanía no existe, sin embargo, los hablantes pueden optar por la cortesía solidaria. Al hacer eso se crea la apariencia de cercanía hasta el punto de que sería difícil dejar de hacerlo sin crear una clara hostilidad. Tras haber hablado con alguien dirigiéndose a él por su nombre, el cambio a una forma de tratamiento más formal sólo puede hacerse por razones especiales y llevará consigo un significado extra adicional (implícito). Típicamente intervendrán elementos de juego o un antagonismo. En este último caso las elecciones pueden ser tratadas como muy descorteses, a pesar del grado objetivo más alto de cortesía que estaría asociado normalmente con las elecciones hechas. Este ejemplo es al mismo tiempo una ilustración extra de la negociabilidad involucrada en la toma de decisiones lingüísticas y de la falta de relaciones forma-función establecidas.

Los tres conceptos que hemos introducido en esta sección son fundamentalmente inseparables. No representan temas de investigación sino simplemente propiedades interrelacionadas del objeto de investigación global de la pragmática lingüística, la funcionalidad o funcionalidad significativa del lenguaje. Su clasificación jerárquica es una herramienta conceptual para enfrentarse a la complejidad de los fenómenos pragmáticos que nos permitirán usar la noción jerárquicamente más alta de «adaptabilidad» como el punto de referencia en la futura formación teórica y en la investigación empírica, teniendo en cuenta que está vacía de contenido tanto sin la variabilidad como sin la negociabilidad. Si usamos la adaptabilidad como punto de partida podremos asignar cuatro tareas claras a las descripciones y explicaciones pragmáticas (que se discutirán con más detalle en los capítulos 3 a 6). Antes de presentar esas tareas o «ángulos de investigación» (ver la sección 2.4 más abajo) nos gustaría hacer algunas observaciones sobre la noción de adaptabilidad, explicando su relación con la noción de universalidad, con la que a primera vista puede parecer incompatible. (En la sección 9.3. volveremos a la noción de adaptabili-

dad una vez más para llamar la atención sobre algunos de los modos en que ha sido tratada en las ciencias relacionadas con el lenguaje y relacionarlos con conceptos paralelos en biología y psicología).

2.3. ADAPTABILIDAD Y UNIVERSALIDAD

Una aproximación a la pragmática que coloca a la adaptabilidad, en el sentido en que se ha descrito, en el centro de lo que es interesante sobre el uso del lenguaje es básicamente incompatible con el tipo de universalidad basada en la idea de una competencia lingüística innata, que es componente de una estructura mental con base genética y autónoma y que comprendería una gramática universal completa. Según esto la adquisición del lenguaje, por ejemplo, no debería ser guiada por estrategias de aprendizaje más generales. Puede aceptarse una base genética fuerte, pero desde luego no autónoma ni en el proceso de adquisición ni a nivel del funcionamiento adulto. Sin embargo, la noción de *universales pragmáticos* o *universales de la (inter)acción lingüística* no es contradictoria. La gente tiene la capacidad de aprender nuevas lenguas y de empezar a funcionar con más o menos eficiencia en estilos de comunicación diferentes de los que usa habitualmente, aunque sea una experiencia cargada de frustración y frecuente fracaso. Por tanto, debe haber un centro universal de algún tipo, aunque hay al menos dos formas diferentes de ver la universalidad, que debemos distinguir.

En primer lugar puede hacerse una *asunción de universalidad máxima*. Según este punto de vista la propia experiencia del investigador se puede tratar como la más representativa de la experiencia universal correspondiente. Un ejemplo de las ciencias políticas y sociales es la tendencia a postular una gran creencia en la «racionalidad mínima», donde la medida de esa racionalidad es el investigador mismo. Una actitud de este tipo no sólo caracteriza a ciertas teorías sintácticas que solían ignorar la relevancia de considerar un amplio

abanico de lenguas para descubrir los principios de la gramática universal que se quería describir, sino también a ciertas tendencias en pragmática, como la teoría de los actos de habla de Scarle (el reconocido intento de proporcionar validez universal a las categorías universales de los actos de habla a pesar de un enfoque filosófico introspectivo). Los peligros de este enfoque deberían ser obvios. Aunque el aprendizaje de otras lenguas y estilos comunicativos sólo puede explicarse con referencia a la existencia de un centro de competencia gramatical y pragmática universal, el objetivo de aprender es siempre dominar las diferencias y, a un nivel más elemental, incluso la noción específica de variabilidad que hemos propuesto más arriba debería eliminarse a partir de la asunción de la máxima universalidad, sin hablar de lo que hemos dicho de la negociabilidad y la adaptabilidad y también las otras propiedades de la elección lingüística sobre las que hemos llamado la atención.

Así pues, una *asunción de universalidad mínima* es un punto de partida mucho más seguro para observar a las lenguas y a su uso. Es necesaria esta asunción cuando hablamos de «universales de adaptabilidad» o «universales pragmáticos», o «universales de la (inter)acción lingüística». Por esta razón en este libro se encontrarán pocas declaraciones de universalidad. Como mucho, llamaremos la atención sobre las tendencias supuestamente universales, siempre tratando de recordarnos a nosotros mismos la necesidad de evitar compromisos en esta área. Por esa razón también, a pesar de que este libro tiene intenciones teóricas de algún tipo, se ha escrito con un recelo básico hacia las *teorías* de la pragmática. Hay, por supuesto, una paradoja fundamental en la investigación empírica: el trabajo empírico es necesario para substancializar y validar las propuestas teóricas, y sin embargo los marcos teóricos son necesarios como herramientas descriptivas y heurísticas incluso para las tareas más empíricas. Por consiguiente, debemos describir simplemente las ambiciones de este libro como un intento de *definir* un campo de la pragmática. Se construirá un «marco teórico» en la medida en que la teoría sea importante para conseguir este objetivo, pero no nos deberíamos permitir satisfacer-

nos con una fuerte «construcción teórica» con aspiraciones universales.

Actuando con precaución, debería señalarse una conexión interesante entre los universales y la pragmática. Para ese propósito revisemos brevemente la visión global de Comrie (1981, págs. 22-27) de los tipos de explicación para los universales. En su perspectiva, la *monogénesis*, o asunción de un ancestro común para todas las lenguas conocidas, es eliminada porque no es comprobable mediante pruebas y porque no puede explicar los universales de los que sólo se puede decir que son tendencias a través de una amplia gama de lenguas (sin caracterizar necesariamente a todas las lenguas individuales). El inatismo es rechazado y considerado una explicación vacía porque no está sujeta a una verificación independiente. Con todo «[...] puede darse el caso de que al menos algunos universales del lenguaje puedan explicarse en el fondo en términos de predisposición genética humana» (pág. 24). Otras explicaciones *psicológicas* muestran un grado de plausibilidad más alto. Es «posible que ciertos universales del lenguaje puedan correlacionarse con otros aspectos de la psicología cognitiva humana que pueden ser examinados independientemente» (pág. 24). Se acepta abiertamente la validez de las explicaciones *funcionales*, que identifican ciertos rasgos del lenguaje como estrategias para reducir elementos disfuncionales, o «para hacer el lenguaje más funcional, ya sea como sistema de comunicación en general o más en particular en relación a las necesidades comunicativas de los humanos» (pág. 25) es aceptada abiertamente. Se dice de un elemento que es disfuncional cuando hace que la recuperación de significado desde la estructura sea más difícil. A partir de esta definición y de los ejemplos presentados por Comrie (p. ej. que los genitivos son más difíciles de relativizar que los sujetos, los constituyentes de las oraciones subordinadas son más difíciles de relativizar que los de las oraciones principales, la retención de un pronombre en la posición relativizada sólo se encuentra en las posiciones en que es más difícil relativizar) debería quedar claro que las explicaciones funcionales son, en realidad, un tipo de explicación psicológica: el problema cru-

cial al que hacen referencia es el procesamiento cognitivo de la información. Comrie los enlaza con explicaciones *pragmáticas*:

Este tipo de explicación funcional podría, por supuesto, ser llevado a cualquier tipo de sistema comunicativo y no necesariamente restringido a uno usado por humanos. Cuando se mira a las explicaciones pragmáticas, sin embargo, hay ciertas instancias en que parece haber una más clara correlación entre las propiedades de la estructura del lenguaje y las propiedades del uso del lenguaje en las comunidades humanas (pág. 26).

Como ejemplo se menciona la presencia del sistema de décticos para referirse al hablante y al oyente. Puesto que podrían construirse otros tipos de lenguajes pero esto no sucede, es «difícilmente accidental el que la presencia del sistema de décticos de referencia personal se correlacione tan altamente con el uso básico del lenguaje en las interacciones cara a cara» (pág. 26).

A partir de este breve esbozo parece que, en la medida en que son posibles las explicaciones, los universales pueden ser tratados, en nuestra terminología, como aspectos del lenguaje que son interadaptables las predisposiciones genéticas, los procesos cognitivos y las necesidades comunicativas. Nunca debería eliminarse la posibilidad de los universales puramente formales que aparecen más o menos accidentalmente. Además, deberíamos tener cuidado en no atribuir disfuncionalidad inherente a las propiedades específicas del lenguaje precipitadamente (dado que la negociabilidad es un rasgo tan importante del funcionamiento real del lenguaje). Siempre que un universal puede explicarse, es posible que la explicación sea en términos de la adaptabilidad, y, en ese sentido, funcional o pragmática en el amplio significado de los términos que se usan en este libro. Por tanto, puede que sea el caso que todos los universales explicables sean, en última instancia, universales pragmáticos.

2.4. CUATRO ÁNGULOS DE INVESTIGACIÓN

Como se anunció (en la sección 2.2), la noción de adaptabilidad nos permitirá asignar cuatro tareas claras a las descripciones y explicaciones pragmáticas. Cada una será tratada detenidamente en los capítulos 3 a 6. Estas cuatro «tareas» o «ángulos de investigación», que no constituyen temas de investigación separables, pero que deberían verse como puntos centrales de una aproximación pragmática al uso del lenguaje, son los siguientes.

En primer lugar, hay que identificar **los correlatos contextuales de la adaptabilidad**. Estos incluyen potencialmente todos los ingredientes del contexto comunicativo con los que tienen que ser interadaptables las elecciones lingüísticas. La gama va desde aspectos del entorno físico (p. ej. la influencia de la distancia en el volumen de la voz) hasta las relaciones sociales entre hablantes y oyentes y aspectos del estado mental del interlocutor. Incluir los estados mentales bajo la etiqueta de contexto es una desviación de la práctica común que se sigue en lingüística. Al hacer eso, sin embargo, se eliminan las implicaciones engañosas de tratar el contexto como simplemente «lo que hay ahí afuera». No hace falta decir que los correlatos contextuales no deberían verse como realidades extralingüísticas estáticas. En primer lugar, los usuarios del lenguaje seleccionan dentro de un amplio abanico de «realidades» disponibles convirtiéndolas en correlatos relevantes (ver la sección 3.1). Además, una vez seleccionados, esos correlatos están sujetos a variación y negociación en su interacción con aspectos del acontecimiento comunicativo en transcurso, en relación a los cuales pueden verse funcionar.

En segundo lugar, los procesos en cuestión han de ser situados con referencia a los diferentes **objetos estructurales de adaptabilidad**. Puesto que el hecho de hacer selecciones comunicativas tiene lugar en todos los niveles posibles de la estructura lingüística que

conlleven variabilidad de cierto tipo, los fenómenos pragmáticos pueden estar relacionados con cualquier estrato del nivel de la estructura, desde las características del sonido y los fonemas hasta el discurso y más allá, o hasta cualquier tipo de relación entre niveles. No solamente están relacionadas las «estructuras», sino también los principios de la «estructuración».

En tercer lugar, cualquier descripción o explicación pragmática debe dar cuenta de las **dinámicas de la adaptabilidad** como se ha manifestado en el fenómeno bajo investigación, en otras palabras, el desarrollo de los procesos de adaptación a lo largo del tiempo. Dada la propia naturaleza de esta tarea, no se puede llevar a cabo sin dar toda su fuerza a la negociabilidad de las elecciones. Esto supone la explicación del funcionamiento real de los procesos de adaptación, es decir, hay que dar respuesta a las preguntas sobre las maneras en que se usan los principios y las estrategias de comunicación en las elecciones y en la negociación de esas elecciones en la producción y en la interpretación.

En cuarto lugar, debemos considerar las diferencias en la **saliencia de los procesos de adaptación**. No todas las elecciones, ya sean en la producción o en la adaptación, se hacen de manera igualmente consciente o intencionada. Como se ha dicho anteriormente, algunas son casi automáticas y otras son altamente motivadas. Entran en juego diferentes formas de procesamiento en el medio de la adaptabilidad, la «mente en sociedad» humana (un término vago, tomado prestado de Vygotsky, para evitar la sugerencia de que el individuo o la sociedad estarían en primer lugar, o para enfatizar lo que podría llamarse la naturaleza dual no dicotómica del medio de adaptación). En referencia a este asunto, la distinción entre el significado comunicado explícitamente y la información implícita toma una especial relevancia. La saliencia es básicamente una función del funcionamiento de la conciencia reflexiva (lo que llamamos «metapragmática») que interviene en el uso del lenguaje. Obsérvese que tratamos con características y mecanismos de procesamiento, y que éstos no han de confun-

dirse con el «contenido» real de ciertos estados mentales (que incluimos entre los correlatos contextuales de la adaptabilidad).

Estas cuatro tareas en conjunto pueden considerarse los *ingredientes necesarios de una perspectiva pragmática adecuada para cualquier fenómeno lingüístico*, pero estas cuatro tareas de la investigación pragmática no deben situarse como iguales. Sus contribuciones no son solamente complementarias, también tienen diferentes cargas funcionales a llevar a cabo dentro del marco general de la perspectiva pragmática. Se relacionan entre sí como se muestra en la figura 2.1 y como se describe más abajo.

En primer lugar, puede usarse una combinación de los *correlatos contextuales* y los *objetos estructurales* de la adaptabilidad para definir el locus de los fenómenos de adaptación, es decir, ambos describen la combinación de las coordenadas lingüísticas y extra lingüísticas en el espacio comunicativo de un acontecimiento comunicativo. Su interrelación es de gran importancia. Así pues, nuestro tema de investigación puede estar relacionado con los procesos de socialización infantil en relación con las elecciones al nivel del código, o con el papel del oyente en relación con la estructura de la información en la oración, etc. Los correlatos contextuales y los objetos estructurales son nociones relativamente claras que pueden ser a menudo usadas cómodamente como punto de partida para tareas descriptivas específicas en pragmática y como parámetros a los que hay que referirse continuamente a través de una investigación. Sin embargo, no son entidades estables; por ejemplo, una vez que se ha hecho una elección estructural en el uso del lenguaje, esta elección entra en el contexto. Recordemos también la advertencia de no interpretar la adaptabilidad como unidireccional. Por otra parte, el modo preciso en que se combinan puede normalmente no estar establecido hasta que la investigación está completa. Esos enunciados más adelante tienden a tomar la forma de explicaciones.

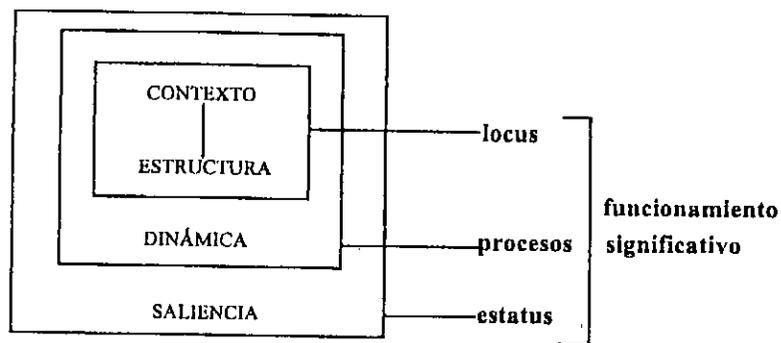


Figura 2.1 La estructura de una teoría pragmática

Dar cuenta de la *dinámica* de la adaptabilidad, considerando el impacto total de la variabilidad y la negociabilidad, es sin duda la tarea principal de las investigaciones pragmáticas más específicas, ya que esta tarea se ocupa esencialmente de una definición de los **procesos** de adaptación. La dinámica trata de la naturaleza y el desarrollo de la relación entre el contexto y la estructura a lo largo del tiempo. Es una característica de los procesos que intervienen en su interacción, o, dicho de otro modo, los procesos son la dinámica de las interrelaciones entre el contexto y la estructura. De ahí el colocar a la dinámica en una caja rodeada del contexto y la estructura en la figura 2.1.

Finalmente, la adaptabilidad dinámica del contexto y la estructura puede ser más o menos saliente en las mentes de los usuarios del lenguaje. De ahí que una investigación de la saliencia de los procesos de adaptación eche luz sobre su estatus en el área de la conciencia de los seres humanos involucrados p. ej. en relación con el tipo de conciencia reflexiva (que puede ser actualizada en diferentes grados en distintas instancias de uso) que se supone que ha sido, en primer término, el prerequisite original o el corolario inmediato para el desarrollo del lenguaje humano. Es la importancia de este aspecto lo que ha hecho del estudio de las ideologías del lenguaje un tema fundamental en

pragmática, y lo que ha impulsado el desarrollo de una metapragmática interesada en las huellas lingüísticas de la conciencia que tiene el hablante de los procesos en los que interviene.

El asunto de rango superior que guía el estudio de los fenómenos pragmáticos como procesos dinámicos que operan en relaciones de contexto-estructura en varios niveles de saliencia, es simplemente entender el **funcionamiento significativo** del lenguaje, o sea, como se ha explicado antes, seguir la generación dinámica del significado en el uso del lenguaje. Estamos interesados, en otras palabras, en lo que Bruner (1990) llama «actos de significación» transmitidos cognitivamente y realizados en un ambiente social y cultural.

2.5. RESUMEN Y LECTURAS RECOMENDADAS

El uso del lenguaje puede definirse como una continua elección lingüística:

- A cualquier nivel de la estructura.
- Centrándose en las estrategias y en las formas.
- Con varios grados de conciencia.
- Tanto en la producción como en la interpretación de enunciados.
- Incluso cuando la gama de opciones disponibles no es completamente apropiada.
- A partir de opciones que no son equivalentes.
- De modo que las elecciones recuerden a sus alternativas no seleccionadas.

Hay tres conceptos clave necesarios para que el «hacer elecciones» tenga sentido:

- La variabilidad es la propiedad del lenguaje que define la gama de posibilidades entre las que se pueden hacer las elecciones.
- La negociabilidad es la propiedad del lenguaje responsable por el hecho de que las elecciones no se hagan mecánicamente o

según estrictas relaciones de forma-función, sino en base a principios y estrategias altamente flexibles.

- La adaptabilidad es la propiedad del lenguaje que permite al ser humano hacer elecciones lingüísticas negociables desde una gama de opciones variable de tal modo que se acerquen a grados de satisfacción de las necesidades comunicativas.

La adaptabilidad (que no está en conflicto con la aceptación de algunos universales del lenguaje) puede ser usada, por tanto, como punto de partida para definir cuatro ángulos de investigación, que se combinan siempre que se hace un acercamiento pragmático a un fenómeno lingüístico:

- Los correlatos contextuales de la adaptabilidad, que incluyen cualquier ingrediente del contexto comunicativo con el que las elecciones lingüísticas sean interadaptables.
- Los objetos estructurales de la adaptabilidad, que incluyen las estructuras a cualquier estrato o nivel de la organización y los principios de la estructuración.
- La dinámica de la adaptación, el despliegue de los procesos adaptativos en interacción.
- La saliencia de los procesos de adaptación, el estatus de esos procesos en relación con el aparato cognitivo.

El interés general del estudio de la pragmática lingüística es comprender *el funcionamiento significativo del lenguaje como un proceso dinámico que opera en las relaciones de contexto-estructura a varios niveles de saliencia*.

Como lectura adicional es útil consultar las referencias que se ofrecen en la sección 9.3, donde se revisan teorías precursoras y paralelas a la idea de la pragmática como una teoría de la adaptabilidad lingüística. Sin embargo, para una aproximación más profunda al papel de la variabilidad y la negociabilidad, aunque la terminología que se usa es diferente, véase Hanks (1995, 1996b); éste demuestra que para una práctica comunicativa exitosa no es ni siquiera necesario que la

gente comparta literalmente la misma gramática; también muestra (poniendo de relieve la idea de la adaptabilidad sin usar ese término) cómo el lenguaje surge de la práctica comunicativa del mismo modo que la nutre.

2.6. TEMAS DE INVESTIGACIÓN

Cada una de las definiciones siguientes sobre la pragmática puede compararse o contrastarse con lo que he dicho hasta ahora:

1. Aquí llegamos al corazón del problema de definición: el término *pragmática* cubre tanto los aspectos de la estructura del lenguaje dependientes del contexto como los principios de uso del lenguaje y la comprensión que tienen poco o nada que ver con la estructura lingüística. Es difícil forjar una definición que cubra ambos aspectos, pero de ahí no se debe implicar que la pragmática sea un cajón de sastre que trata con aspectos del lenguaje diferentes y no relacionados, sino que más bien los pragmáticos están interesados precisamente en la interrelación entre la estructura del lenguaje y los principios de uso de éste (Levinson, 1983, pág. 9).
2. Ya he mencionado que el tema principal de mi libro es la PRAGMÁTICA GENERAL. Con este término quiero diferenciar el estudio de las condiciones generales del uso comunicativo del lenguaje y excluir condiciones específicas más «locales». Estas últimas pueden pertenecer al campo menos abstracto de la SOCIOPRAGMÁTICA, ya que está claro que el principio de cooperación y el principio de cortesía operan de diferente modo en diferentes culturas o comunidades de habla, en diferentes situaciones sociales, entre clases sociales diferentes, etc. [...] En otras palabras, la sociopragmática es la conexión sociológica de la pragmática. Gran parte del trabajo que se ha hecho en análisis de la conversación se ha limitado en este sentido y ha estado ligado muy de cerca con datos de conversaciones locales. El término PRAGMALINGÜÍSTICA, por otro lado, puede aplicarse al estudio del extremo más lingüístico de la pragmática, en el que se estudian los recursos particulares de que dispone una lengua en particular para llevar a cabo ilocuciones concretas (Lecch, 1983, págs. 10-11)

3. Quizá ahora tengamos un modo de distinguir entre una teoría de la satisfacción y una teoría pragmática. Podemos decir que la primera debe dar cuenta de las condiciones de satisfacción de las oraciones, incluidas las condiciones que ciertas oraciones tienen en relación con un contexto de uso dado. Este requisito significa que dentro de una especificación de las condiciones de verdad relacionadas con el contexto, una teoría de la satisfacción debe mencionar las intenciones del hablante, cuando esas intenciones tienen un papel en la determinación de referente para términos que no tienen un referente semántico dado por las convenciones del lenguaje. La pragmática tendrá como su dominio las intenciones comunicativas de los hablantes, los usos del lenguaje que requieren esas intenciones y las estrategias que usan los oyentes para determinar cuáles son esas intenciones y esos actos para que puedan entender lo que el hablante está intentando comunicar (de la introducción a Davis (ed.) 1991, pág. 11).

4. Es nuestra tarea demostrar cómo el principio de relevancia explica la interacción entre esos dos tipos de conocimiento en la interpretación de los enunciados.

La asunción que subyace a esta tarea, y, de hecho, a toda la discusión hasta el momento, es que hay una distinción entre el conocimiento del lenguaje del oyente y su conocimiento del mundo. En esta sección sostendré que esta distinción es la que subyace a la distinción entre *semántica* y *pragmática* (Blakemore, 1992, pág. 39).